

# CABALGANDO SOBRE UN TIGRE

CLARK CARRADOS



Estaba redactando unos informes, para poner punto final a la jornada de trabajo, cuando creyó oír un ligero ruidito en la sala contigua a su despacho.

Víctor Ferguson alzó la cabeza. ¿Era ilusión suya aquel ruido o un reflejo de los que le llegaban de la calle?

Su oficina era pequeña: un despacho, una sala de espera y los servicios de aseo correspondientes. Por el momento, Ferguson no podía aspirar a más.

Era joven, sin embargo. Acababa de cumplir los veintiocho años, tenía una salud a prueba de bombas y un optimismo inmoderado. Para Víctor Ferguson eran condiciones, inteligencia aparte, no escasa por cierto, más que suficientes para triunfar en la vida.

Sólo faltaba una oportunidad. Un día la encomiaría y...



Clark Carrados

# **Cabalgando sobre un tigre**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 919**

**ePub r1.0**

**Lds 04.01.18**

Título original: *Cabalgando sobre un tigre*

Clark Carrados, 1968

Cubierta: José Curtiella

Ilustración interior: Edmond

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SS**

**SERVICIO SECRETO**





## CAPÍTULO PRIMERO

Estaba redactando unos informes, para poner punto final a la jornada de trabajo, cuando creyó oír un ligero ruidito en la sala contigua a su despacho.

Víctor Ferguson alzó la cabeza. ¿Era ilusión suya aquel ruido o un reflejo de los que le llegaban de la calle?

Su oficina era pequeña: un despacho, una sala de espera y los servicios de aseo correspondientes. Por el momento, Ferguson no podía aspirar a más.

Era joven, sin embargo. Acababa de cumplir los veintiocho años, tenía una salud a prueba de bombas y un optimismo inmoderado. Para Víctor Ferguson eran condiciones, inteligencia aparte, no escasa por cierto, más que suficientes para triunfar en la vida.

Sólo faltaba una oportunidad. Un día la encomiaría y...

El ruido se repitió, aunque de distinto sonido. Víctor creyó que se trataba de una persona que andaba de puntillas.

Ya no era hora de despacho. Prácticamente, podía decirse que él era el único habitante del edificio a tales horas, más de las ocho de la noche; y de no haber sido por la urgencia de los informes que debía presentar al día siguiente en el tribunal, tampoco hubiera estado en su despacho.

Decidió comprobar si había alguien o se trataba de una ilusión de sus sentidos. Poniéndose en pie, rodeó la mesa y cruzó la estancia.

Abrió la puerta de golpe. Una mujer emitió un grito sofocado.

—¡Oh! —exclamó ella.

Víctor la estudió durante unos segundos. Era de mediana estatura, gracias a los elevados tacones de los zapatos que calzaba. Sin ellos, no llegaba probablemente al metro y sesenta centímetros.

Pero era esbelta, y muy bonita de cara, con unos ojos verdes de expresión hechicera, cabello flameante y unas cuantas pecas distribuyas estratégicamente por sus facciones, a fin de aumentar el encanto de su rostro. Su ropa era elegante, sin excesos lujosos, y estaba envuelta en un aura de sutil perfume que agradó a Víctor de inmediato.

—Creí que no había nadie —dijo ella.

—Estoy yo —sonrió Víctor—, aunque me temo que no podré atenderla; es hora de cerrar el despacho...

—¿Se va ya? —preguntó la muchacha, sumamente alarmada por algo que Víctor no alcanzó a comprender momentáneamente.

—Pues... tanto comoirme. Simplemente, no atiendo al público ya, señorita...

—Lanning, Kay Lanning —se presentó la pelirroja. De pronto, se oyeron unos pasos pesados en el corredor del piso—. ¿Dónde puedo esconderme, pronto, por favor? —preguntó.

Víctor se quedó de piedra. Antes de que hubiese podido darle una respuesta, Kay corrió hacia la puerta que daba al lavabo, la abrió y cruzó el umbral.

A punto de cerrar, asomó ligeramente la cabeza y dijo:

—¡Si preguntan por mí, no me ha visto jamás en los días de su vida!

Y cerró.

Víctor permaneció atónito durante unos segundos. No sabía qué pensar, si se trataba de una broma o Kay era una loca escapada de un manicomio.

Alguien le sacó de sus aturcidas reflexiones, llamando a la puerta con fuertes golpes. Víctor cruzó el despacho y la sala y abrió.

Había dos hombres en la entrada. Ambos eran fuertes y robustos y el más bajo le pasaba casi un palmo de estatura a Víctor, cuya talla era más bien mediana, Víctor les miró inquisitivamente.

—No es hora de atender... —empezó a decir.

—No venimos a requerir sus servicios, picapleitos —dijo uno de los sujetos desdeñosamente—. Sólo estamos buscando a una chica que ha debido de meterse en alguno de los despachos de este piso.

—En el mío, no —contestó Víctor apresuradamente, sin saber a ciencia cierta por qué seguía las indicaciones de la pelirroja.

—Eso es algo que vamos a ver de inmediato —contestó el tipo.

Estiró el brazo y apartó a Víctor a un lado—. Vamos, tú, Fabrick.

Los dos hombres entraron en el despacho. Víctor se dio cuenta de que el llamado Fabrick cojeaba ligeramente, lo cual no le impediría, pensó, ser un enemigo terrible en una lucha cuerpo a cuerpo.

El otro cerró la puerta y miró al joven burlonamente.

—Con su permiso, señor Ferguson. —Y siguió adelante.

El nombre y la profesión del joven se hallaban grabados en una placa fija en el exterior de la puerta. Víctor se encolerizó por aquella intromisión en lo que consideraba su santuario.

—Eh —dijo—, lárguense de aquí antes de que llame a la policía. Les digo que aquí no hay...

Fabrick detuvo su renqueante andar y miró a su compañero.

—¿Por qué no haces callar a ese escarabajo, Elmo?

—Con mucho gusto —contestó el otro sujeto.

Miró al joven y sonrió.

—Lo siento, hermano; no es nada personal. —Y disparó un enorme puño contra la mandíbula de Ferguson.

Pero el puño no encontró su blanco. Elmo rugió de ira al ver que había fallado el golpe.

Fabrick tenía la mano apoyada en el pomo de la puerta del cuarto de baño.

—Vamos, Elmo —dijo—, ¿es que te vas a «arrugar» delante de esa miniatura de hombre?

—Luego no se queje —dijo Víctor—. A fin de cuentas, usted se lo está buscando.

Fabrick abrió la puerta y miró en el lavabo.

—No hay nadie —dijo, en el momento en que Elmo se lanzaba de nuevo al ataque.

Víctor se agachó, dejó que el brazo de su adversario pasara por encima de su hombro y disparó velozmente ambos puños, en un uno-dos que habría resultado demoledor para otro hombre de menor tamaño que Elmo.

Inmediatamente dio un salto atrás y se dispuso a continuar la pelea. Se movía con la pericia de un boxeador profesional, la boca cerrada y respirando por la nariz, dando ligeros saltitos a derecha e izquierda y sin bajar la guardia un solo instante.

—¡Vaya! —dijo Fabrick, admirado—. Parece que sabe boxear.

Elmo respiró profundamente. Durante unos segundos, se había quedado sin aliento.

—Aguarda a que le pesque a mi manera... —rezongó.

Lanzó su tercer golpe. Sin saber cómo, creyó que veinte puños se abatían inmediatamente sobre su cara. Los ojos, los pómulos, la nariz y los labios pagaron en cuatro segundos las consecuencias de la velocidad de movimientos de Víctor.

Fabrick entrecerró los ojos. Aquello ya le gustaba menos.

No sabía quién era Ferguson, ni le había visto jamás. Sólo sabía que en la puerta figuraba como abogado, ¡pero peleaba con la habilidad y la rapidez de un campeón!

Elmo movió los brazos ciegamente, como aspas de molino. Víctor franqueó hábilmente su desastrosa guardia y le golpeó los flancos con una serie de cortos de derecha e izquierda, que empezaron a anular la resistencia física de su enemigo.

Por supuesto, de haberse hallado un peso pesado profesional, sus probabilidades habrían sido nulas. Pero Elmo no sabía boxear, al menos científicamente. Y Víctor había sido tres años consecutivos campeón de peso mediano en la Universidad y uno en la Armada, donde había hecho su servicio militar.

El remate de aquella serie de golpes fue un seco rechazazo al mentón que derribó a Elmo como buey apuntillado. Fabrick no salía de su asombro.

—¿Cómo debo decirles que se marchen? —preguntó el joven, mirándole fieramente.

Fabrick sacó de repente un revólver y encañonó al joven con él.

—No dejaré que me vapulee como a ese idiota —manifestó en tono hosco—. Está bien, la chica no ha entrado aquí. Dispénsenos.

Elmo empezaba a revivir. Se sentó en el suelo y miró a Víctor con torpe expresión.

De pronto, pareció comprender lo ocurrido. Fue a echar mano al interior de su chaqueta, pero su compañero le contuvo.

—Basta, Elmo —dijo prohibitivamente—. Hemos metido la pata. Larguémonos.

Elmo se puso en pie.

—Nunca me había ocurrido una cosa semejante —farfulló, humillado.

—Pues ya lo sabe —respondió el joven con amplia sonrisa—; el día que quiera repetir, vuelva.

Elmo caminó hacia la puerta, seguido por Fabrick. Éste se volvió desde allí.

—Le aconsejo que olvide todo lo ocurrido, abogado —dijo—. Es por su bien, ¿comprende?

—Creo que a todos nos conviene el olvido —sonrió Víctor—. Me da en la nariz que ustedes deben de ser muy amigos de la policía de la ciudad, tanto, que sus Imágenes están guardadas en lugares preferentes. Con sus señas personales y los dos nombres que he oído, tendría bastante para encarcelarles una temporada.

Fabrick cerró de un portazo. Víctor se quedó muy pensativo.

«¿Por qué la persiguen?» —se preguntó.

Y, de pronto, recordó que Fabrick se había asomado al lavabo, encontrándolo vacío.

¿Dónde se había metido la pelirroja?

Fue a la puerta de la oficina y la cerró con doble vuelta de llave. Hecho esto, regresó sobre sus pasos y se metió en el lavabo.

Efectivamente, estaba vacío. Y no había ningunas salida más en la oficina.

Salvo la ventana exterior, con anchura apenas suficiente para dar paso a una persona.

Elmo la abrió y miró a derecha e izquierda. La ventana daba a un patio interior y al pie de la misma había una comisa de unos veinticinco centímetros de anchura.

Había muchas más ventanas en aquel piso que daban al patio. Víctor se imaginó fácilmente el ardid empleado por Kay para escapar a la persecución de que era objeto.

Se preguntó por qué la perseguían aquellos pistoleros. No encontró ningún motivo plausible.

Sólo sabía una cosa: Kay Lanning era una mujer de arrestos.

La oficina de Víctor estaba situada en el piso decimoquinto. Se necesitaba valor para escapar por aquel punto, sabiendo que la menor vacilación representaba la muerte.

Quizá no era valor, sino la desesperación lo que había impulsado a Kay a emplear aquella vía de escape.

## CAPÍTULO II

Posiblemente, Víctor hubiese acabado por olvidar el incidente, de no haber sido porque Kay le llamó por teléfono varios días más tarde.

Víctor empezaba a animarse. El día había sido fructífero y estaba pensando en la conveniencia de tomar una secretaria. Las apariencias, se dijo, importaban mucho; y un profesional de la abogacía sin su secretaria podía desmerecer a los ojos de los clientes.

Acababa de despachar una visita cuando sonó el timbre.

—Despacho del abogado Ferguson —dijo.

«Esto tendría que decirlo mi secretaria», pensó irritadamente.

—Soy Kay Lanning. ¿Me recuerda? —dijo una voz femenina, de timbre agradable, al otro lado del hilo.

—La recuerdo como el más encantador fantasma que he visto en los días de mi vida —contestó fríamente Víctor, fingiendo ignorar la forma en que ella había escapado de su oficina.

Kay rió alegremente.

—Admito lo de encantador, en femenino, pero no soy ningún fantasma —declaró—. Y gracias por haberme ayudado.

—Se lo merecía. ¿Puedo seguir ayudándola? —se ofreció él cortésmente.

—Sí, pero profesionalmente y mediante los honorarios correspondientes, por supuesto.

—Bien, si me dice la hora en que va a venir, lo anotaré en mi agenda...

—Señor Ferguson, tendrá que dispensarme, pero no puedo acudir a su bufete —manifestó Kay.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

—Me agradecería más sostener la entrevista en un terreno neutral —dijo Kay—. No se ofenda, pero su despacho es zona beligerante.

—¡Cáscaras! —Respingó Víctor—. ¿Qué quiere decir?

—Hablares con más tranquilidad, en el ochocientos veintisiete de la Avenida Carpenter. ¿A las ocho?

Víctor dudó un momento. Al fin., contestó:

—Anotaré la dirección. Repítala, por favor.

Kay lo hizo así. Víctor escribió rápidamente y dijo:

—A las ocho me tendrá allí, señorita Lanning.

—Gracias, abogado Ferguson —contestó ella—. Hasta la noche.

Sonó un clic. Víctor volvió el teléfono a la horquilla con gesto pensativo.

¿Qué pretendía la muchacha? ¿Iba a atraerle a una trampa?

Si se trataba de un chantaje, no tenía dinero para Interesar a un chantajista. Claro que podían especular con su reputación; era otra forma de apretar las clavijas a la gente, se dijo, bastante desazonado.

Pero Kay le parecía seria y decente, pese a su expresión jovial y hasta alborotadora. Y, de todas formas, confiaba en su habilidad e inteligencia para zafarse de un mal trance antes de llegar a un límite irreparable.

Procuró olvidar a la pelirroja y se sumió en el trabajo. Tanto le absorbió, que estuvo a punto de pasarse de hora.

A las siete y media cerró la oficina. Bajó a la calle y llamó un taxi.

Prudentemente, facilitó al conductor un número anterior al que Kay le había dado. Tenía unos minutos de sobra, calculó, y quería observar el terreno antes de actuar.

Si veía que el asunto se ponía feo, lo abandonaría Inmediatamente, se propuso.

El taxi se detuvo a las ocho menos diez a unos doscientos metros de la tasa indicada por Kay. Víctor pagó la carrera y se apeó del vehículo.

Caminó a pie. Estaba en un barrio residencial, de amplias aceras y edificios rodeados invariablemente por bien cuidados jardines. De trecho en trecho, unas esbeltas farolas disipaban las tinieblas.

La mayoría de las casas tenían el número en la verja situada al borde de la acera. Víctor fue leyendo los indicativos, hasta que

alcanzó una casa situada dos números antes de la señalada por Kay.

Entonces divisó a un hombre parado ante la casa. Estaba a unos cuarenta metros y miraba recelosamente en torno suyo.

La casa tenía las luces apagadas. Víctor empezó a temer que se tratase de una trampa.

Un automóvil apareció a lo lejos, rodando a buena velocidad. Víctor se sintió irresoluto.

El coche pareció ir a detenerse unos momentos frente a la casa. De súbito, Víctor vio que el hombre parado echaba a correr.

Una mano armada asomó por la ventanilla posterior lateral del coche. Víctor se quedó horrorizado.

Varios relámpagos brillaron en rápida sucesión. El hombre se tambaleó, dio dos pasos como si estuviese ebrio y acabó cayendo de cara sobre el encintado de la acera.

El coche rugió al acelerar. Víctor temió que dispararan contra él, Considerándole un testigo presencial y se tiró de bruces sobre la acera. Por fortuna para él, el vehículo pasó de largo y se perdió de vista en contados segundos.

Algunas ventanas se iluminaron en las casas más próximas. Víctor levantó la cabeza.

El herido se movía débilmente. Víctor corrió hacia él y se arrodilló a su lado, viendo de prestarle algún socorro.

Lejos, se oyó el estridente pito de un policía. Sonó un portazo.

Víctor contempló espantado los cuatro orificios que las balas habían abierto en la espalda del individuo. La sangre empapaba ya sus ropas.

Parecía imposible que pudiese vivir, pero aún alentaba. Era un hombre de mediana edad y rostro insignificante, súbitamente descolorido por la inminencia de la muerte.

Los labios del agonizante se movieron débilmente.

—Amelia... cuadro holandés vol...

Aquellas palabras se convirtieron en un soplo, que se apagó bien pronto. Víctor se incorporó, viendo a varias personas que corrían hacia aquel lugar. Una de dichas personas era un policía uniformado.

—Llamen a una ambulancia —gritó el agente.

Víctor meneó la cabeza.

—Es tarde ya —dijo—. Ha muerto.

Víctor terminó bastante tarde en la comisaría de policía.

Consultó el reloj. Eran las diez y media de la noche. Kay se abría ido ya de la casa, harta de esperar. Tenía la impresión, sin saber a qué era debida, que la joven no vivía en aquel edificio.

No obstante, decidió comprobarlo. Buscó en la guía telefónica, en el callejero, y encontró que el número ochocientos veintisiete de la Avenida Carpenter estaba habitado por un tal Frank Simmons.

Buscó un teléfono público, insertó una moneda en la ranura y marcó el número. El teléfono sonó largamente, sin que nadie contestase a sus llamadas.

Colgó el aparato, profundamente preocupado. De pronto se le ocurrió que tal vez Kay no quería contestar a las llamadas telefónicas.

El hecho le intrigaba en extremo. Salió de la cabina, situada en la calle, y caminó un rato hasta encontrar un taxi.

Momentos después, se hallaba en el lugar donde se había producido el asesinato. La residencia de Simmons continuaba herméticamente cerrada.

La tranquilidad había vuelto a la avenida. La mayoría de los vecinos debían de estar ya en sus lechos. Eran gente acomodadas todos ellos, pero ninguno ocioso y al día siguiente había que madrugar para el trabajo.

Víctor consultó el reloj. Las once habían dado ya hacía rato.

De pronto, se acercó a la calle y empujó la puertecita. Cruzó el jardín y llegó ante la fachada, iluminada solamente por la luz de una farola no demasiado cercana.

Había sobre la puerta un farol, pero estaba apagado. Víctor dedujo que si la casa estuviese ocupada, el farol habría sido encendido.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil. Luego dio la vuelta al edificio. Le parecía que estaba metiéndose en asuntos que no le importaban, pero quería saber qué había sido de Kay.

En los primeros momentos, llegó a pensar que el hombre asesinado lo había sido en su lugar. Con poca iluminación y teniendo una estatura parecida, los pistoleros podían haberse confundido.

Eso hubiera significado una trampa, pero Víctor había llegado a la conclusión de que no había tal. Los pistoleros habían buscado a su víctima con plena deliberación y uno de ellos había sido el certero ejecutor.

Las palabras pronunciadas por la víctima instantes antes de fallecer corroboraban sus suposiciones. Se preguntó quién sería Amelia y qué significaban el resto de las palabras. Había un cuadro y un holandés...

¿Tal vez un cuadro de un famoso maestro holandés?

Llegó a la parte posterior. Una de las ventanas estaba abierta. Tenía alzado el bastidor.

Víctor asomó la cabeza. La oscuridad era completa.

Sacó una cerilla y alumbró un instante la habitación. Era una cocina.

«Ya no puede pasarme mucho más» —se dijo, y pasando una pierna por encima del antepecho, se coló en la casa.

Escuchó unos momentos. El silencio era absoluto.

Luego caminó paso a paso, hasta encontrar la puerta. Abrió y volvió a escuchar.

Dio dos pasos más y cerró a sus espaldas. Tanteó hasta encontrar el interruptor.

Cuando se encendió la luz, vio que estaba en un rellano, del que partía una escalera que conducía al piso superior. La casa estaba perfectamente ordenada, incluso con fundas en los muebles.

Víctor pasó un dedo por una consola. El polvo acumulado era escasísimo.

Ello significaba que el edificio había sido habitado hasta hacía muy poco tiempo. Pero ¿quién era su actual inquilino?

La decoración indicaba una buena posición económica, aunque no una riqueza exorbitante. La persona que había habitado la casa, dedujo, era de edad y gustos pasados de moda, así lo indicaban los muebles y cuadros colgados en las paredes.

Buscó alguno de los cuadros que pudiese pertenecer a la escuela holandesa. Ninguno de ellos se lo pareció. El velero que había pintado, navegando a todo trapo, en uno de los cuadros, pese al clasicismo de la escena, era de factura reciente, posiblemente, después de comenzado el siglo.

En la planta baja no encontró nada de particular.

Subió al piso superior. Uno de los dormitorios aparecía en desorden.

Víctor se detuvo en el umbral. El desorden no se debía a que alguien había ocupado la pieza, marchándose luego sin ocuparse de arreglarla. Era fácil ver que había habido una lucha.

Vio dos sillas volcadas, un cuadro ladeado y las ropas de la cama parcialmente revueltas. Revueltas. Sobre un sillón divisó un objeto plano, alargado y punzante.

Era una lima de uñas. Víctor se preguntó si Kay la había usado como arma defensiva.

De pronto, vio manchas de yeso en la punta de la lima. Ello le hizo concebir una idea.

La lima no había servido como arma. Kay la había usado con un fin muy diferente.

Para escribir un mensaje en la pared.

Miró lentamente en torno suyo. Los muros estaban empapelados. Unas palabras escritas con aquel instrumento tenían que ser muy visibles a la fuerza. El papel se habría rasgado fácilmente.

Acertó en sus hipótesis. Un minuto después, estaba leyendo el mensaje.

## Wind Hill Cabin S.

Víctor reflexionó unos momentos. Entendía perfectamente el sentido del mensaje: «La cabaña de Wind Hill». Pero ¿qué significaba la S mayúscula final?

A última hora, acabó por descifrar la totalidad del mensaje: «La cabaña del lado sur de Wind Hill».

Allí era donde Kay estaba en aquellos momentos.

## CAPÍTULO III

La cabaña estaba al pie de un farallón rocoso, entre un frondoso grupo de pinos y abetos. El farallón formaba como un anfiteatro de gradas casi verticales y se alzaba a unos veinticinco metros por encima del tejado del edificio.

Un camino serpenteante entre el bosque conducía a la cabaña. No lejos de ella nacía un arroyuelo de escaso caudal, pero de aguas muy transparentes, que se perdía hacia el distante valle.

La carretera general era apenas un delgado hilo en la lejanía. El lugar considerablemente apartado del más próximo centro habitada.

Kay se había tomado su secuestro con filosofía. En medio de todo, sabía que sus secuestradores no pretendían causarle ningún daño.

Sencillamente, y a menos que ella lo provocase con su actitud, sólo pretendían mantenerla apartada de la circulación durante una temporada. Así se lo había manifestado Elmo Hogan, en cuyo rostro se notaban aún las señales de los golpes recibidos en su pelea con el abogado.

Fabrick, «El Cojo», estaba preparando el café para el desayuno. Había otro sujeto en el exterior, vigilando los accesos a la cabaña. Era Peter Deemas, alias «El Colilla», debido a la inveterada costumbre que tenía de tener un cigarrillo pegado a los labios.

—Se han portado muy considerablemente conmigo —dijo Kay—. Incluso me trajeron ropas para poder mudarme.

—No es nada personal —contestó Hogan—. Solamente somos unos... subordinados.

—Ya, les mandan y obedecen. ¿Por cuánto al mes?

—No tengo ganas de que se «chive» a los inspectores del Fisco —contestó Hogan con insospechado buen humor—. Un buen sueldo,

desde luego.

—¿Incluye el sueldo el uso de las pistolas y, si es necesario, también el de las palas?

Hogan apretó los labios.

—No haga preguntas estúpidas —dijo, perdiendo la sonrisa.

—Lamento haberle ofendido —se excusó Kay—. ¿Hasta cuándo van a tenerme en cura de reposo forzado?

—Una semana. Después, la soltaremos.

—Les denunciaré por rapto.

—Decenas de honestos ciudadanos proclamarán indignados nuestra inocencia, mediante oportunas e irrefutables coartadas —contestó Hogan sarcásticamente.

—No me extrañaría en absoluto. Sabiendo lo que pretenden... bueno, ustedes no, sino quienes les mandan, son capaces de sobornar a media ciudad.

—Oh, ese montón de dinero no da para tanto. Sólo se trata de dos míseros millones.

—Y tal vez de la vida de una mujer buena y virtuosa —declaró Kay con gran vehemencia—. Ella no podrá soportar por más tiempo el encierro.

—¿Y qué? —contestó «El Cojo» brutalmente—. Para lo que le queda de vida a esa reliquia...

—Amelia Crandall podría vivir muchos años más si no le dieran los disgustos que le están dando —afirmó la muchacha.

Hogan la miró de soslayo.

—Usted era su enfermera favorita —dijo—. ¿Está buscando un buen pellizco en la herencia?

—No busque en mí motivos bastardos. La he tomado mucho cariño, eso es todo. Gano un buen sueldo y soy joven, con eso me conformo.

—La chica es honesta de veras —rió «El Cojo»—. Bueno, despejen la mesa; el desayuno está listo.

Hogan se puso en pie. Miró a la joven.

—No intente tirarnos la cafetera a la cara —advirtió—. Le costaría caro.

—¿Cree que necesito recurrir a tales medios para escapar de aquí? —contestó la joven.

—Usted es muy lista. No hay más que ver la forma en que nos

dio el esquinazo en la oficina del picapleitos.

—Sí, pero ahora la cosa es distinta. No tengo necesidad de saltar por ninguna ventana; con el arsénico que he revuelto con el café, tengo más que suficiente.

«El Cojo» lanzó una obscena maldición. Sin pensárselo dos veces, arrojó la cafetera al fregadero.

Kay se echó a reír. Hogan emitió un rugido.

—¡Estúpido! ¿Cómo has podido creer una cosa semejante? —apostrofó a su compinche.

«El Cojo» se puso colorado hasta las orejas.

—Podría haber alguna lata de matarratas en la cabaña —se excusó.

—Anda, anda, haz café —rezongó Hogan—. Y no te preocupes de lo que diga esta chica tan bonita. —Miró a Kay apreciativamente y agregó—: Me gustan las chicas como usted: pequeña, pero con genio.

—A mí, en cambio, los hipopótamos sólo me agradan en el zoo —respondió ella mordazmente.

El desayuno transcurrió en medio de agudas pullas y continuos apóstrofes. Al terminar, Hogan dijo:

—Voy a relevar a «El Colilla». De paso, veré a ver si se me pasa el dolor de cabeza que me ha levantado usted con su charla.

—Como no se tome la aspirina por kilos... —dijo Kay con soma.

Hogan abrió la puerta y se llenó los pulmones de aire fresco y embalsamado.

—Aquí se respira a gusto —exclamó. Y luego soltó un eructo que revolvió a Kay el estómago.

Hogan caminó lentamente por la senda que apenas permitía el paso de un coche. A cincuenta metros de la cabaña, la carretera iniciaba una curva hacia el este y se perdía en el bosque.

Hogan llegó a la curva, caminó diez metros más y buscó a su compinche. Por fin lo vio, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol y la cabeza doblada sobre el pecho.

—¡Qué idiota! —masculló—. ¡Se ha dormido!

Hogan se acercó a su compañero.

—Despierta, «Colilla» —gruñó, zarandeándole con fuerza.

Pero el otro no contestó. En lugar de despertarse, se deslizó

lentamente a un lado y continuó con los ojos cerrados.

Hogan respingó.

—¿Qué le ha pasado? —murmuró, poniéndose de rodillas. De pronto, vio una mancha de sangre en la nuca del vigilante.

La mano de Hogan se introdujo rápidamente en su chaqueta. Empuñó la pistola con fuerza. Aquella mancha de sangre sólo significaba una cosa: había un extraño en las inmediaciones.

Sacó la pistola. En aquel momento, algo surcó el espacio, estrellándose contra su frente.

Hogan emitió un rugido de dolor y se venció hacia adelante. Manoteó con desesperación, intentando empuñar de nuevo el arma que se le había escapado de los dedos al caer.

Unos pasos hicieron crujir las pinochas secas que cubrían el suelo. Hogan hizo un nuevo esfuerzo, pero entonces, algo duro le golpeó en un lado del cráneo y se derrumbó de cara, perdido el conocimiento por completo.

Víctor Ferguson se irguió y lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¡Uf! —se dijo a media voz—. Creí que no iban a venir nunca a relevar al centinela.

Había pasado unos minutos angustiosos, temiendo que el pandillero despertase. Por fortuna, Hogan había llegado antes de que se produjera semejante contingencia.

Ahora disponía de dos pistolas. Caminó unos pasos y se arrodilló detrás de unos arbustos.

El primer bandido atacado le resultó desconocido. El otro sí era conocido suyo. Aún tenía la cara marcada con sus golpes.

Por lo tanto, Víctor dedujo que debía de haber un tercer forajido en la cabaña. «El Cojo», seguramente, pensó.

Delante de la cabaña había un espacio despejado, semicircular, de unos treinta metros de diámetro. Víctor calculó que, aun yendo armado, podría resultarle peligroso atacar de frente.

«El Cojo» podría resistir indefinidamente en la cabaña. Además, Kay estaba allí y él no quería que la chica sufriese el menor daño.

Empezó a caminar medio a rastras, medio a gatas, cerca del borde del claro. Tenía que darse prisa; Hogan era un sujeto de gran aguante y podía despertar en cualquier momento.

Al cabo de unos minutos, estaba situado frente a la pared lateral del lado sur. En aquel lado no había ninguna ventana.

Cruzó los matorrales y corrió hasta la cabaña. Asomándose a la esquina, examinó la fachada con grandes precauciones.

La puerta estaba cerrada. Una de las ventanas, sin embargo, tenía el bastidor a medio alzar.

Pisando de puntillas, Víctor llegó a la ventana y se asomó parcialmente. Respiró aliviado; Kay estaba allí, indemne al parecer.

Una voz de hombre emitió un gruñido.

—Ese maldito «Colilla» está tardando demasiado —dijo «El Cojo».

—Estará de plática con Hogan —contestó Kay—. Quizá está estudiando el modo de alistarse en el Ejército para ir al Vietnam.

—No me gustan cierta clase de bromas —refunfuñó Fabrick.

—Oh, usted no debe preocuparse; le darían inútil total. ¿Dónde se quedó cojo?

—A usted, ¿qué diablos le importa?

—¡Grosero! ¡Es ésa la manera de contestar a una dama!

—¡Déjeme en paz! —chilló «El Cojo»—. Como atrape a ese maldito «Colilla»...

Kay rió fuertemente. Le divertía el nerviosismo del bandido.

Su mano se movió sigilosamente en busca de un arma ofensiva. «El Cojo» estaba armado. Si se descuidaba y le arreaba un silletazo antes de que viniese el otro pandillero, podría apoderarse de su pistola y...

Sus ojos se fijaron de pronto en otros que la miraban desde el exterior de la cabaña. Un dedo índice se puso sobre los labios del hombre que estaba junto a la ventana.

Kay movió los párpados en señal de asentimiento. Tensa y atenta, esperó los acontecimientos.

Fabrick se hartó por fin. Cruzó la cabaña, abrió la puerta y se dispuso a lanzar un potente grito.

—El silencio es la virtud de los discretos —dijo una voz a su derecha.

Fabrick se puso rígido, Algo duro y frío se apoyaba en su garganta.

—Kay —llamó Víctor.

—¡A la orden, general! —contestó ella alegremente.

—Acérquese por detrás de este bigardo y quítele la pistola. Tenga cuidado... y usted también, «Cojo». Dispararé si pestañea tan

siquiera.

—No me moveré —prometió Fabrick, quien no comprendía en absoluto cómo había podido llegar el abogado hasta la cabaña.

Kay le quitó la pistola.

—Ya está, Víctor —dijo.

El abogado empujó a su prisionero.

—¡Adentro! —ordenó.

A Fabrick no le quedó otro remedio que obedecer. Kay lanzó un viva estentóreo cuando los dos hombres estuvieron dentro de la cabaña.

—Es usted una bendición de Dios —dijo Kay alegremente.

—No me enjabone tanto —contestó él—. Hay dos tipos desmayados allá afuera y tenemos que darnos prisa antes de que despierten. ¿Hay ropas de cama ésa la casa?

—Sí, mantas y sábanas...

—Rasgue una sábana y haga tiras; tenemos que atar a este tipo.

—Al momento, Víctor.

Minutos más tarde, «El Cojo» había sido atado y amordazado sólidamente. Kay dijo:

—El coche está detrás de la cabaña, Víctor.

—Muy bien; nos lo llevaremos nosotros. Así practicarán ellos el deporte de la marcha a pie es muy sano para los tipos acostumbrados a pisar solamente el asfalto. ¿Vamos?

—Vamos —contestó Kay.

Víctor abrió la puerta. Inmediatamente dio un paso hacia atrás, empujando a la muchacha al interior nuevamente.

—¿Qué ocurre, Víctor? —preguntó ella.

—Silencio. Vienen los otros dos.

Víctor miró a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta. Hogan y «El Colilla» regresaban a la cabaña, apoyándose mutuamente el uno en el otro, en un estado lastimoso.

Una de las armas ocupadas a los bandidos era un revólver. Víctor decidió usarlo con preferencia a las pistolas.

Esperó a que la pareja de rufianes estuviera a diez metros de la casa. Entonces, abriendo la puerta de golpe, se situó bajo el dintel y disparó un tiro a los pies de la pareja.

—Las manos en alto —ordenó—. El próximo disparo irá al cuerpo.

Hogan soltó a su compañero. Falto de fuerzas, «El Colilla» se derrumbó al suelo.

—Maldito —rugió Hogan, lívido de ira, pero con las manos en alto, pese a todo.

—Estamos en un país donde se permite la libre expresión de las ideas personales —dijo Víctor con buen humor—. Vamos, inclínese y recoja a su dolorido compañero.

Tras unos segundos de duda, Hogan acabó por obedecer. Víctor le mantuvo encañonado todo el tiempo, a prudente distancia, sin embargo, a fin de evitar una intempestiva reacción del forajido.

Hogan cruzo el umbral por fin, llevando a «El Colilla» en brazos. Kay les esperaba en el centro de la cabaña, con unas tiras de tela en las manos y la sonrisa en los labios.

—Sólo el necio imagina que hay situaciones jamás invariables —dijo la muchacha.

—¿Confucio? —preguntó Víctor cortésmente.

—No, Kay Lanning —contestó ella con una alegre carcajada—. Ande, Elmo Hogan, deje a su compañero a un lado y luego tiéndase en el suelo de bruces, con las manos a la espalda. Es para facilitar las cosas, ¿sabe?

## CAPÍTULO IV

Una vez estuvieron atados los forajidos, Víctor corrió a la parte trasera de la cabaña y puso en marcha el automóvil que se hallaba en aquel lugar. Dio la vuelta y esperó a que Kay saliera, con un maletín en las manos.

—No soy tan rica como para permitirme el lujo de perder mi equipaje —manifestó ella, a la vez que echaba el maletín en el asiento posterior—. Cuando quiera, Víctor.

El joven arrancó. Kay lanzó un profundo suspiro que distendió su bien formado busto.

—Me parece mentira, Víctor —dijo—. ¿Cómo logró encontrar la cabaña?

—Usted dejó un mensaje en la casa de la Avenida Carpenter —le recordó él.

—Es cierto, aunque no me imaginé jamás que fuese usted quien viniera a rescatarme. Mis indicaciones se referían a Hally Cotts.

—¿Quién es Hally Cotts? —preguntó Víctor.

—Un amigo que tenía que encontrarse conmigo y con usted en aquella casa. Él nos explicará muchas cosas, Víctor.

El joven guardó silencio durante unos instantes.

—Kay —dijo al cabo, sin mirarla, con la vista fija en el camino que se abría ondulante ante ellos—. Hally Cotts, ¿es un hombre de mediana edad y aspecto corriente, con el pelo rubio?

—Sí. ¿Le conoce usted? —exclamó ella.

—Tengo que darle una mala noticia. Vi matar a Cotts.

Ella abrió la boca como si fuese a gritar, pero logró contenerse.

—¿Está... está seguro? —balbuceó.

—No creo que exista la menor duda. ¿Le había citado usted para acudir a aquella casa a la misma hora que a mí?

—Sí.

—Cotts llegó unos segundos antes que yo. Le vi desde unos cuarenta o cincuenta metros de distancia, contemplando la casa con aire de duda. Un coche pasó corriendo y le acribillaron a balazos.

Kay bajó la cabeza. Las lágrimas fluyeron de sus ojos.

—Pobre Hally —dijo—. Era un hombre insignificante, pero muy bueno, capaz de hacer un favor al primero que se lo pidiera.

—Entonces, no podía ser un hombre insignificante —dijo Víctor, tratando de consolarla—. ¿Por qué le mataron?

—Hay una fortuna de más de dos millones de dólares en juego —contestó ella.

Víctor silbó.

—No es una bicoca, ciertamente —comentó—. ¿A quién pertenece esa fortuna?

—A Amelia Crandall, una viejecita muy simpática y agradable, a la que sus parientes pretenden declarar como demente, para entrar en el disfrute de su fortuna.

Víctor suspiró.

—No es la primera vez que pasan cosas semejantes —observó—. Y usted, a lo que parece, trata de evitarlo.

—Sí, porque la señorita Crandall no se merece una cosa semejante. Sus familiares son todos, una colección de vampiros que...

—¿Dónde está ahora? —preguntó Víctor—. Internada en el Psiquiátrico Hospital, del doctor Palmer. Fue ella misma la que pidió ser internada, para que se la hiciera un examen pleno de sus facultades mentales.

—No está mal —dijo Víctor—. He oído hablar de esa clínica y sé que tiene bastante fama. ¿Quién la tiene en observación?

—El propio director, Palmer.

—Bueno, si Amelia no está loca, le declararán mentalmente sana y podrá continuar administrando su propia fortuna, es decir, delegando en persona de su confianza para que se le administre.

—Eso podría ser si Palmer no estuviese en connivencia con su familia.

Víctor meneó la cabeza.

—¿Puede usted demostrarlo? —preguntó.

—Estoy tratando de hacerlo —respondió Kay—. Por eso le cité a

usted en casa de Amelia.

—¡Pero el teléfono está registrado a nombre de Frank Simmons!  
—se extrañó el joven.

—Verá, Amelia es una mujer un tanto rara, anticuada, de las que, por su gusto, suprimirían la luz eléctrica, el teléfono y los automóviles. Usted sabe bien que todavía quedan gentes semejantes.

—Sí, es verdad —admitió Víctor—. ¿Y qué más?

—Frank Simmons es uno de sus parientes, digamos el más pobre. Como no tenía casa propia, estuvo residiendo una temporada en la de Amelia. Ahora bien, necesitaba el teléfono y, tras mucho insistir, Amelia le concedió permiso para que se lo instalasen. Naturalmente, figura en la guía como suyo.

—¿Dónde está ahora Simmons?

—Se mudó recientemente, hará un par de semanas.

El teléfono sigue y es claro, aún no ha habido tiempo de hacer la modificación en la guía.

—Comprendo —dijo Víctor—. Pero habrá de permitirme que le formule una observación.

—Sí, claro.

—La casa está bien, pero no me parece la más adecuada para una mujer que posee dos millones de dólares.

—Oh, es que Amelia es una mujer de gustos muy sencillos, aunque sean muy anticuados. No es una avara, pero tampoco despilfarra el dinero, ¿comprende?

Víctor asintió.

—Desde luego. Y usted me citó en su casa, así como a Cotts, ¿para...?

—Dentro de una semana, se celebrará el juicio sobre declaración de capacidad o incapacidad legal para administrar los propios bienes, relativo a Amelia Crandall. Todo depende, claro está, de lo que haga el doctor Palmer.

—Pero usted ha dicho que está de acuerdo con los familiares de Amelia.

—Así lo creo yo.

—Parece sugerirme que quiere que me encargue de defender los intereses de la señorita Crandall.

—En efecto, Víctor.

—Pero ella debe de tener algún abogado. Es una mujer que lleva viviendo aquí toda su vida. Forzosamente, un abogado...

—El que le administra sus bienes, y que cesará en el cargo, caso de que ella sea declarada incapaz mental, es un hombre ya muy viejecito, de espíritu rutinario y anticuado, poco apto, si es que es algo, para enfrentarse con una situación semejante. Ellos le derrotarían fácilmente.

Un coche apareció de pronto en una revuelta del camino. Víctor aplicó el freno y detuvo su vehículo.

—Cambiemos de coche —dijo—. Ése es el que alquilé en la ciudad.

Kay accedió. Víctor se apeó, deshinchó un par de ruedas del coche de los bandidos y luego ocupó su puesto tras el volante del coche que había alquilado.

—Hay casi cuarenta kilómetros a la ciudad —sonrió, al arrancar de nuevo—. Se divertirán haciendo ejercicio.

Kay sonrió, pero se notaba claramente que estaba muy preocupada.

—Víctor —preguntó—, ¿cree que podrá ayudar a la señorita Crandall?

—Ayudarla, desde luego; ganar el pleito, eso es algo ya más difícil. Debe tener en cuenta que nos enfrentamos con unas gentes sin escrúpulos, que fueron capaces de secuestrarla a usted y de cometer un asesinato. ¿Estuvieron esos tres rufianes con usted toda la noche?

—Desde las siete y media. Me sorprendieron en la casa, Víctor.

—Entonces, no han sido ellos los que asesinaron a Cotts, aunque puede que pertenezcan a la misma pandilla.

—Es lo más seguro —concordó la joven—. Cuando entraron en la casa, yo me refugié en el piso alto. Cometí una imprudencia, pero ya no podía rectificar. Entonces, se me ocurrió escribir aquel mensaje en la pared...

—¿Cómo supo que la traerían a la cabaña de Wind Hill?

—Se lo oí decir desde arriba. Uno de ellos sostenía que no era buen sitio para tenerme prisionera hasta que se celebrase el juicio.

—Ah —exclamó Víctor—. De modo que debía estar allí hasta después del juicio.

—Sí, eso dijeron.

—¿Por qué? ¿Es usted un elemento importante en el proceso?

—Lo éramos Cotts y yo, pero Cotts aún más todavía.

—¿Quiere explicarme, por favor? —pidió Víctor cortésmente.

—Amelia no tenía miedo del juicio; por eso fue ella misma la que pidió ser internada en la clínica del doctor Palmer. Yo me opuse, pero no quiso hacerme caso; decía que estaba segura mientras conservase ciertos documentos que podían comprometer a algunos de sus familiares... y también al doctor Palmer.

—¿Qué documentos son éstos?

—Lo ignoro —respondió Kay—, pero Cotts sí los conocía. Acaso por eso mismo le asesinaron y a mí me apartaron para evitar que pidiera socorro a nadie. Amelia no cuenta con nadie que no sea yo, ¿comprende?

—Sólo a medias, porque usted no es familiar suyo, que yo sepa.

—No, pero la quiero mucho... y, créame, es un cariño desinteresado. No me importa en absoluto su dinero; lo que pasa es que no quiero que se aprovechen de él una banda de parásitos desaprensivos, cuyo único mérito es de ser hijos y sobrinos del hermano de Amelia.

—¿Cómo la conoció usted? —preguntó Víctor.

—Yo era enfermera del Hospital General y Amelia cayó enferma de gravedad. Ya sabe que es una mujer anticuada y se negó a hospitalizarse. Entonces, el médico que la atendía, me contrató a mí para que la cuidase. Congeniamos bastante, a pesar de la diferencia de edades... y ya me quedé a su lado, no sólo en la convalecencia, sino cuando estuvo totalmente curada. Estaba sola, necesitaba compañía... y cuando me la pidió, no supe negarme. Ahora, sus familiares sostienen la teoría de que, a consecuencia de la enfermedad, una fiebre cerebral, su mente se ha resentido y desvaría.

—A veces pasa eso, en efecto. De modo que hay unos documentos que comprometen a la banda de granujas.

—Sí, pero no sé en dónde están.

—Amelia se lo dirá, ¿no?

—Ella no lo sabe tampoco, Víctor.

El joven respingó.

—Pero ¿cómo puede ser? —exclamó.

—Cotts era hombre de su entera confianza y ella se los entregó.

Cotts ha debido de esconderlos, aunque ignoro dónde.

—Bueno, del mal el menos —dijo Víctor filosóficamente—. He visto algunos cuadros antiguos en te casa de Amelia. Está detrás de uno pintado por un holandés cuyo nombre empieza por Vol... No sé más, Kay.

Ella se mordió los labios.

—Vol —repitió—. Tendremos que mirar en una enciclopedia. No se me ocurre ningún nombre por el momento, pero..., ¿cómo lo sabe usted, Víctor?

—Se lo oí a Cotts segundos antes de que muriese. Cuando estaba en el suelo, corrí hacia él para ver de atenderle. Pronunció cuatro o cinco palabras y murió.

—¡Pobre hombre! —Se dolió la muchacha—. No se merecía morir de esa manera.

—Nadie se merece morir a tiros —contestó él sentenciosamente—. De modo que quiere que yo la defienda en el juicio.

—Sí, a menos que crea que es un caso perdido de antemano.

—No hay un caso perdido de antemano —dijo Víctor—. La defenderé, pero a mi modo.

—Es lógico —convino Kay.

—¿Tiene usted alguna idea del contenido de esos documentos?

—En absoluto. Ni siquiera sabía que existían. Sólo me enteré cuando me lo dijo Amelia. Por lo visto, se había prevenido para una posible intentona por parte de la banda de parásitos que son sus familiares..., pero la muerte de Cotts puede dar al traste con sus planes.

—Así sucederá, como no actuemos a tiempo —contestó Víctor con lúgubre acento.

## CAPÍTULO V

Víctor estaba casi seguro de haberse embarcado en vana causa perdida.

Sólo una cosa le había hecho acceder a la petición de Kay: el asesinato de Cotts.

Los lindos ojos de Kay también habían influido en su decisión, naturalmente, pero, a pesar de todo, de no haberse producido un asesinato, Víctor habría dudado mucho antes de aceptar definitivamente.

Ahora, tras las explicaciones de la chica, tenía la casi seguridad de que ella tenía razón. No obstante, era preciso realizar algunas comprobaciones antes de lanzarse a una acción decisiva.

Cerca del mediodía, llegó a la clínica del doctor Palmer.

Estaba en las afueras de la ciudad. Era un edificio de regular tamaño y moderna construcción, situado en el centro de un vasto jardín, circundado por una tapia de varios metros de altura. Una puerta de hierro enverjada permitía el acceso al interior del recinto.

Víctor detuvo el coche en las inmediaciones de la verja, se apeó y leyó el rótulo situado en uno de los lados de la verja, sujeto a la mampostería con clavos dorados. Era una plancha cuadrada de bronce, con caracteres del más clásico estilo:

### PSYCHIATRIC HOSPITAL OF ST MARY

Un portero uniformado salió de una caseta cercana y miró al joven inquisitivamente.

—Me llamo Víctor Ferguson y soy abogado. Haga el favor de anunciarme al doctor Palmer.

—Sí, señor Ferguson.

El portero entró en la caseta y volvió a salir a los pocos instantes. Descorrió los cerrojos y abrió la puerta.

—Siga todo recto, señor Ferguson. Pregunte en recepción; allí le indicarán —aconsejó.

—Muy agradecido —contestó el joven.

Minutos más tarde, una enfermera recepcionista le introducía en un despacho de corte moderno, desde el cual se divisaba un buen trozo de jardín. Varias personas de ambos sexos, internos, supuso, se paseaban por entre los árboles. También se divisaban a algunos individuos vestidos de blanco. Víctor pensó que debían ser enfermeros que vigilaban los paseos de los pacientes.

Esperó unos minutos. La puerta se abrió de pronto.

Víctor se puso en pie y contempló a la mujer que acababa de cruzar el umbral.

—Soy Hannah Stone —se presentó ella—, administradora de la clínica. ¿En qué puedo servirle, abogado Ferguson? —inquirió, mientras pasaba al otro lado ríe la mesa.

El joven vaciló unos instantes, en tanto contemplaba a la mujer. Era muy hermosa, de formas opulentas, ojos negros y cabello oscuro, recatadamente peinado. Calculó que debía tener unos treinta y cinco o cuarenta años, lo cual apenas si rebajaba un ápice su innegable belleza.

—Vine a hablar con el doctor Palmer —dijo al cabo—. No es que la menosprecie, señora Stone...

—Señorita —corrigió ella fríamente.

—Bien, señorita Stone, pero lo que tengo que tratar ha de ser precisamente con el director de la clínica.

—El doctor Palmer está ocupado en un examen siquiátrico. Tardará bastante... suponiendo que luego no se le presente un caso nuevo —declaró Hannah tranquilamente—. De todas formas, si usted me expresa sus pretensiones, es posible que pueda concertarle una entrevista, aunque no hoy, por supuesto.

—Ando un poco escaso de tiempo —contestó él—. Me han nombrado defensor de la señorita Crandall, a la que, según creo, tienen internada en esta clínica.

La impasibilidad de Hannah Stone se rompió unos instantes.

—No sabía que la señorita Crandall necesitase un defensor —dijo, no sin esfuerzo para serenarse.

—Antes de una semana, se celebrará el juicio en el cual se dictaminará sobre su presunta capacidad legal para disponer de sus bienes.

—Estoy enterada de ello, en efecto —manifestó Hannah—. Prosiga, señor Ferguson.

—Ese juicio ha sido promovido por unos familiares. Naturalmente, están representados por un abogado. La señorita Crandall necesita otro, eso es todo.

—Muy lógico —convino la mujer—. Y, ¿qué es lo que deseaba usted del doctor Palmer?

—Primero, una entrevista con él y luego otra con la señorita Crandall.

—El doctor está ocupado y no puede atenderle ahora, ya se lo he dicho. En cuanto a Amelia... perdón, la señorita Crandall, sólo puede recibir visitas mediante el permiso de doctor Palmer.

—Soy su abogado —dijo Víctor suavemente.

Hannah no se inmutó.

—Y ella es nuestra paciente, señor Ferguson —contestó.

Víctor se percató de que, pese a su hermosa apariencia y a sus suaves modales, Hannah era una mujer con una voluntad de hierro. Miró sus manos y le vio un anillo de matrimonio. ¿Por qué aseguraba ser soltera?

—Bien —dijo al cabo—, tenga la bondad de fijarme la entrevista, señorita Stone.

—Con mucho gusto.

Hannah abrió una agenda y la hojeó rápidamente. Hizo unas cuantas consultas y, al fin, dijo:

—Puedo concertar la entrevista para el viernes próximo, a las siete de la tarde, señor Ferguson.

—¡Pero el juicio es el jueves! —protestó él.

—Lo siento; el horario del doctor está sumamente recargado.

—Al menos, permítame que hable con la señorita Crandall.

—Sólo el doctor Palmer puede darle permiso, señor Ferguson.

Víctor se dio cuenta de que Hannah no estaba dispuesta a ceder en ningún instante. Por un momento, estuvo a punto de decir algo gordo, pero logró contenerse e, incluso, esbozar una sonrisa de cortesía.

—Le agradezco mucho la recepción que me ha dispensado,

señorita Stone. —Y se puso en pie.

—¿No quiere la entrevista para la fecha propuesta? —preguntó ella, asombrada ante la repentina flexión de su visitante.

—¿Para qué? Sería ya demasiado tarde. Muchas gracias, señorita Stone.

Y salió, antes de que ella, estupefacta y preocupada, pudiera reaccionar debidamente.

\* \* \*

Hannah Stone abrió el bolso, sacó la llave de su piso y la insertó en la cerradura de la puerta. Una vez hubo cruzado el umbral, encendió la luz y con un suspiro de alivio, sacudió los pies, lanzando a lo lejos los zapatos.

Se quitó el abrigo de pieles y lo lanzó sobre un diván próximo. Entonces vio una delgada columna de humo que salía de un sillón de orejeras, situado en uno de los ángulos de la estancia, al lado de una chimenea simulada.

—¿Quién está ahí? —preguntó, alarmada—. ¿Qué hace usted en mi piso? ¡Salga inmediatamente o...!

Víctor se puso en pie, se volvió y miró a la mujer, con expresión sonriente.

—Hola, señora Graves —dijo.

Hannah palideció terriblemente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con voz desfallecida.

Víctor metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un fajo de papeles.

—He dicho «señora Graves», en lugar de señorita Stone, como se hace llamar usted —contestó—. Vi el anillo de matrimonio en su dedo y me extrañó un detalle semejante. Por eso me permití entrar en su casa y registrar un poco los cajones. ¿Quiere que le enseñe una vieja partida de matrimonio?

—¡Soy viuda! —protestó ella—. ¡Harry murió hace cinco años...!

—Ah, se llamaba Harry el difunto señor Graves. Mis condolencias, señora... señorita Stone, puesto que parece que le agrada más usar su nombre de soltera. Eso supone que no debe temer nada del apolíneo doctor Palmer, ¿verdad?

Víctor enseñó una fotografía de tamaño postal, en la que se veía a Hannah en una playa, en traje de baño, junto a un hombre de cuarenta años, de gallarda presencia. Los dos estaban abrazados con gesto que delataba sus relaciones de modo inequívoco.

—¿Es usted la amante de Emil Palmer? —preguntó brutalmente.

Hannah empezó a recuperarse.

—Somos... buenos amigos —contestó con rigidez.

—Ya, ya —dijo él con sorna—, tan buenos amigos que... Me imagino que el apuesto Emil se indignaría sobremanera si supiese que usted le engaña con otro hombre, ¿no es cierto?

—¡Está lanzando contra mí una serie de infundios que no estoy dispuesta a tolerar! —dijo Hannah despreocupadamente—. Y como ha entrado en mi casa sin permiso, llamaré a la policía.

—Llámela —dijo Víctor tranquilamente—. Me arrestarán, es cierto, pero Emil se enterará del contenido de unas cartas amorosas escritas por un tal Frank Simmons, hasta hace poco habitante de la Avenida Carpenter, número ochocientos veintisiete. ¿Se enojaría el doctor Palmer si se enterase o es más bien de la clase de individuo... digamos comprensivo?

Hannah estaba aterrada de nuevo. Víctor observó su expresión de pánico con sonrisa de satisfacción.

—No, el doctor Palmer no es comprensivo con las flaquezas humanas —dijo—. ¿Me concertará usted una entrevista con él, mañana a las doce, y hará los posibles para que pueda ver a la señorita Crandall?

—Le... le haré que hable con el doctor Palmer —contestó por fin—. Mañana, a las doce en punto, estaré en la clínica.

Y se dirigió hacia la puerta, pero Hannah le detuvo antes de que colocara la mano sobre el pomo.

—¿Me devuelve esos documentos? —preguntó.

Víctor la miró de hito en hito.

—Puede que no sea amiga mía, pero trato de que no sea enemiga —respondió.

—¿Va a someterme a chantaje?

—Lo único que quiero es estar seguro de que va a colaborar conmigo. Una vez que el proceso haya terminado, puede tener la completa seguridad de que le devolveré la fotografía y las cartas. Y no haría una cosa semejante, si no presumiese que han urdido una

conspiración para desposeer a una pobre mujer de su dinero, ¿comprende?

Hannah no tenía nada que decir. Víctor entendió que en efecto, existía tal conspiración.

—Buenas noches, señorita Stone —se despidió, con un retintín de ironía en la voz.

Poco después, buscó una cabina telefónica y marcó un número. Hubo de esperar unos minutos antes de oír la voz de Kay Lanning.

—Soy Víctor Ferguson —se anunció.

—Hola —contestó ella—. ¿Qué tal ha ido todo?

—Magnífico, mucho mejor de lo que esperábamos.

Y acto seguido, le relató lo sucedido en casa de Hannah Stone.

—Fue una buena idea —aprobó la joven—. De modo que ha conseguido la entrevista con Palmer.

—En efecto.

—¿Accederá él?

Víctor emitió una risita.

—Hannah se encargará de ponerlo delante de mí —contestó.

—¿Qué piensa decirle?

—En buena parte, depende de las circunstancias, es decir, del desarrollo de la conversación. Naturalmente, le pediré que me deje hablar con Amelia Crandall.

—¿Y si se niega?

—Buscaré un siquiatra y solicitaré un mandamiento judicial. Como defensor de la parte digamos acusada, tengo derecho a utilizar los servicios de mi propio médico. Palmer es médico de la parte acusadora, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Otro recurso que tenemos es el buscar testigos, interrogarlos y solicitar luego su declaración ante el tribunal. Pero ¿qué demonios hacía el abogado de Amelia? ¿Estaba dormido o se ha vuelto tonto?

—Nada de eso, Víctor —contestó ella—. Ya le dije que es un hombre muy viejo, apto solamente para llevar la administración de unos bienes, pero no para enfrentarse a un rival ágil y despierto en un caso como el que se le ha planteado a Amelia. Imagino que habrá hecho algo, pero es como si se hubiese estado parado.

—Deme su nombre y dirección —pidió él—. Mañana iré a verle.

Víctor anotó en su agenda el nombre del abogado y la dirección

de su bufete y luego se despidió de la muchacha.

—Nos veremos mañana a las doce, en el despacho de Palmer — prometió Kay.

—¡Nada de eso! —le contradijo Víctor con vehemencia—. Usted se quedará quietecita en su escondite, del que no se moverá hasta que haya pasado todo el peligro. ¿Está claro?

—Por lo visto, no me queda otro remedio que obedecer — suspiró Kay.

—Es su signo —dijo él riendo. Y colgó el teléfono.

Acto seguido, caminó hasta encontrar una droguería, en la que compró un sobre y un sello de correos. Metió la fotografía y los documentos en el sobre, lo cerró y escribió encima su propio nombre, dirigiéndolo a Lista de Correos.

Eran cerca de las once de la noche cuando llegaba al apartamento en donde residía habitualmente. Abrió La puerta y apenas había dado dos pasos en el interior, se dio cuenta de que tenía visita.

## CAPÍTULO VI

Eran tres hombres. A dos los conocía.

El tercero le resultó completamente desconocido. Tratábase de un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, de aspecto distinguido, al menos en su indumentaria, pero de expresión dura y poco amistosa, pese a la sonrisa con que acogió la llegada del joven.

Estaba sentado en un sillón, con aspecto de falsa placidez. Los otros dos le flanqueaban: eran «El Cojo» y Elmo Hogan.

—Bienvenido al hogar, oveja descarriada —dijo el hombre sentado en el sillón.

—Falta me habría hecho un pastor —contestó el joven—. De lo contrario, me habría guiado hacia otra parte, en lugar de a mi casa. ¿Puedo conocer su nombre, caballero? —preguntó cortésmente.

—Me llamo Gus Bralton —respondió el individuo—. No le presento a estos dos caballeros, porque tengo entendido que ya los conoce.

—Hemos tenido el placer mutuo de conversar en un par de ocasiones, en efecto —admitió Víctor—. Pero también se dice que no hay dos sin tres y... ¿Puedo preguntarles por el motivo de su visita?

—Voy a complacerle, Ferguson —respondió Bralton—. Tenemos noticias de que su salud está algo quebrantada, como consecuencia de un exceso de trabajo en los últimos tiempos... trabajo, por supuesto, intelectual, del que, naturalmente, su mente se ha resentido un tanto. En vista de ello, y siguiendo un consejo médico, vamos a internarle en una clínica psiquiátrica, a fin de que curen su dolencia anímica. ¿Ha comprendido?

Víctor miró a los dos fornidos pandilleros que acompañaban a Bralton.

—En resumen, qué quieren declararme loco —dijo.

—Oh, no tanto —contestó Bralton—. Solamente tenerle apartado de la circulación durante una temporada muy cartita, hasta después que se haya celebrado el juicio, y la señorita Crandall haya sido declarada legalmente incapaz para disponer de sus bienes.

—Soy el abogado de la señorita Crandall —dijo el joven.

—Se equivoca. Amelia Crandall ya tiene un abogado y no es usted —dijo Bralton.

—Dígame el nombre de ese abogado, por favor.

—William F. Callaghan, de Market Street, número doscientos veintiocho. Un hombre de mucha reputación, como que lleva casi cincuenta años ejerciendo la abogacía.

Víctor asintió levemente. Callaghan era el abogado que Kay le había nombrado.

—Además —siguió Bralton—, nos dirá el paradero de la linda y entrometida señorita Lanning. También a ella queremos apartarla de la circulación.

—No sé dónde está...

—Oh, vamos, vamos, no nos tome por tontos. Imagino que usted la tendrá escondida en alguna parte, cosa lógica, pero ya pudo darse cuenta, cuando estuvo en la cabaña de Wind Hill, que no queríamos hacerla ningún daño, sino solamente...

—Mantenerla apartada de la circulación —dijo Víctor—. Conozco el sonsonete, Bralton, pero le repito que no sé dónde está.

Bralton suspiró.

—Qué lástima —murmuró—. Con lo que me disgustan las escenas de violencia. Elmo, pregúntale donde está Kay Lanning.

Hogan avanzó hacia el joven. «El Cojo» sacó una pistola.

—Si toca a mi compañero, haré fuego —advirtió.

—Lo cual quiere decir que he de permitir que este bruto me zurre a su gusto, ¿no?

—Si contesta a nuestra pregunta, se evitará muchos dolores de cabeza —dijo Bralton plácidamente.

Hubo un momento de silencio. Víctor no estaba dispuesto a que aquel bruto le vapuleara a su antojo. Él era mejor esgrimista que Hogan, pero no ganaría en una pelea en donde sólo la fuerza física sirviera de competencia.

Hogan pareció comprender sus pensamientos y sonrió. Víctor retrocedió un paso.

—Quédese quieto —dijo Fabrick.

Bralton continuaba aún sentado en el sillón, contemplando la escena con una divertida sonrisa en los labios. De repente, Víctor se dio cuenta de una cosa.

Fabrick tenía la pistola meramente como elemento intimidatorio. No se atrevería a disparar en un sitio donde podía ser fácilmente visto por otros inquilinos de la casa. Además, tampoco les convenía a ellos un asesinato.

Si hubiesen querido matarle, ni se habría enterado, razonó con toda lógica.

Y de repente, actuando de una manera por completo inesperada, se lanzó hacia adelante.

Fingió que iba a atacar a Hogar, pero lo que hizo fue desviarse un tanto, y, pasando por debajo de sus brazos, que se cerraron inútilmente en el vacío, se abalanzó contra Bralton.

En el último instante, tomó impulso y saltó. Durante una fracción de segundo, su cuerpo se puso horizontal en el aire.

Bralton rugió. La cabeza de Víctor le alcanzó en pleno pecho y lo derribó hacia atrás, con sillón incluido.

«El Cojo» trastabilló. Se apoyaba parcialmente en el sillón y al faltarle el punto de apoyo, vaciló.

Víctor también rodó por el suelo, pero menos voluminosos y más ágil que los otros, se incorporó de un salto, cuando Bralton se esforzaba todavía por recobrar la respiración, perdida a consecuencia del fenomenal golpe recibido.

Fabrick se había rehecho ya y le apuntaba con la pistola.

—¡Quietos! —rugió.

El pie de Víctor ascendió velozmente hasta la mano del pandillero. La pistola voló por los aires, mientras su dueño emitía un rugido de dolor.

En el mismo instante, Víctor sintió un tremendo golpe en el hombro izquierdo. Dios dos vueltas sobre sí mismo y chocó con Bralton con inenarrable violencia.

Bralton volvió a caer, rugiendo como un poseído, Víctor intentó levantarse.

Estaba aturdido y sus músculos no coordinabais bien.

Arrodillado todavía, vio que el puño de Hogan se dirigía hacia su cara.

Desvió un poco la cabeza, pero fue insuficiente. Algo parecido a un cartucho de dinamita explotó en su mandíbula y, tras el fogonazo consiguiente, todo se volvió negro para él.

Bralton se puso en pie, renegando y echando pestes contra sus dos secuaces. A Fabrick le dolía todavía la muñeca derecha y no paraba de darse masaje con la otra mano.

Hogan se inclinó sobre el desvanecido habitante del apartamento.

—¿Y ahora?

—Las batas blancas, pronto —ordenó Bralton—. Hay que hacer las cosas en regla.

Momentos después, Hogan y «El Cojo» se habían transformado en dos fornidos enfermeros. Bralton tomó sus sombreros y los guardó en un maletín negro, que sostuvo con la mano izquierda. Con su impecable apariencia, cualquiera hubiese creído que se trataba de un médico, acompañado por dos ayudantes sanitarios.

—Vamos —ordenó.

Los dos rufianes cogieron a Víctor por debajo de los sobacos y, sosteniéndolo a pulso, se dirigieron hacia la salida. Poco después, el ascensor les depositaba a los cuatro en la planta baja del edificio.

Bralton se adelantó y salió a la calle. Desde el borde de la acera, miró a su izquierda y agitó una mano.

Un vehículo pintado de blanco se destacó de las sombras del lado opuesto, deteniéndose segundos después junto a la acera. Pete, «El Colilla», desempeñaba el impersonal papel del conductor de la ambulancia.

Hogan y Fabrick subieron a su prisionero por la portezuela trasera. Bralton, tras comprobar que se habían acomodado, se sentó junto al chofer y el vehículo arrancó de inmediato.

Un minuto más tarde, despertó Víctor.

Lo primero que sintió fue un tremendo dolor en la mandíbula. Poco a poco, le fue volviendo el conocimiento y pudo darse cuenta de que estaba a bordo de un vehículo en movimiento.

Abrió los ojos. Estaba tendido en una camilla. Hogan y «El Cojo», sentados en sendas banquetas, a su lado, le contemplaban con expresión sonriente.

—Han ganado —murmuró Víctor.

—Fuimos a ganar —contestó Hogan.

Víctor cerró los ojos de nuevo. Más que pensar, lo que hacía era recuperar fuerzas.

Debía impedir que le internasen en la clínica de Palmer, porque no le quedaba la menor duda de que era allí hacia donde se dirigía la ambulancia. El interior del vehículo y las batas blancas de la pareja de rufianes lo delataban claramente.

Al cabo de unos minutos, abrió los ojos nuevamente. Calculó que antes de un cuarto de hora, estarían registrándole carao paciente en la clínica de Palmer. La camilla tenía unas correas y, no lo dudaba, le sujetarían con ellas antes de sacarle del vehículo.

Ahora no lo habían hecho, tal vez porque creían que sus fuerzas físicas estaban muy disminuidas después de los dos golpes recibidos. En cierto modo, así era.

De pronto, vio algo sobre su cabeza, que le infundió cierta esperanza de poder escapar de allí. Era un extintor de incendios, encastrado en dos muelles de fleje de acero, sujetos a la pared de su lado.

Hizo un esfuerzo y se sentó en la camilla.

—Al menos —dijo—, podrían darme un cigarrillo.

—Claro —contestó Hogan.

Víctor calculó todas sus posibilidades. «El Cojo» estaba a la derecha de Hogan, luego su costado izquierdo quedaba junto al derecho de su compañero. Cabía que encontrase dificultades para sacar la pistola.

Hogan estaría ocupado durante unos segundos, ofreciéndole cigarrillos y lumbre. Podía tener éxito... y, de todas formas, no estaría peor de lo que ya estaba.

Hogan sacó tabaco y una tira de fósforos. Entonces, Víctor, con movimientos relampagueantes, desencastró el extintor, apenas mayor que una botella, y dio media vuelta a la llave.

Fabrick rugió.

—¿Eh, qué...?

Un chorro de espuma blanquísima dio de lleno en los ojos de Hogan, cegándole momentáneamente. «El Cojo» forcejeó por sacar la pistola.

Víctor le enfocó de nuevo el extintor, inundándole la cara de

espuma carbónica. Fabrick aulló al sentirse los ojos escocidos y la nariz llena de aquella sustancia que casi le impedía respirar.

Un cristal se descorrió en la parte delantera. Bralton había oído el ruido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Víctor usó de nuevo el extintor. Bralton cayó hacia atrás, manoteó frenéticamente y empezó a jurar como un poseído.

El conductor se sobresaltó y, durante unos segundos, la ambulancia zigzagueó peligrosamente. Luego, por puro instinto, quitó gas y aplicó el freno.

Víctor lanzó más chorros de espuma al interior de la ambulancia, Hogan y su compinche se debatían furiosamente, intentando limpiarse las caras. El joven se dio cuenta de que, durante unos momentos, estarían fuera de combate.

Conteniendo la respiración, corrió hacia la parte posterior y abrió la portezuela. La ambulancia corría todavía a demasiada velocidad.

Lanzarse fuera del vehículo en tales condiciones, era correr el riesgo de recibir un golpe fatal o por lo menos de catastróficos resultados. Y Víctor no estaba dispuesto a que le ocurriese una cosa semejante.

Elevó las manos y halló un reborde en la parte superior externa. Haciendo una poderosa flexión con los brazos, tras la torsión correspondiente, se elevó hasta el techo y quedó tendido en él, boca abajo, agarrándose con ambos brazos al saliente faro intermitente.

La ambulancia se detuvo a poco. Ya estaban fuera de la ciudad. Víctor se dijo que su reacción no había podido ser más oportuna. Del lugar en que se hallaban a la clínica Palmer había escasamente dos kilómetros.

«El Colilla» saltó al suelo. Bralton juraba a más y mejor.

Hogan y Fabrick le hacían coro. Los tres intentaba limpiarse la cara con los pañuelos.

—Agua clara —aconsejó «El Colilla»—. Y en abundancia.

—¡Imbécil! —rugió Bralton—. El picapleitos nos interesa...

Hogan tosió, de tal modo que parecía iba a sacar los pulmones por la boca.

—Se... se ha tirado del vehículo en marcha...

«El Cojo» no podía ni hablar siquiera. Tras algunas maldiciones,

Bralton ordenó a «El Colilla» que fuese a una estación de servicio cercana y que les trajese toallas y una lata de agua.

—Bien, jefe; esperen aquí.

El pandillero se metió en la ambulancia, la puso en marcha y dio la vuelta. Víctor confió en que los ojos doloridos del trío les impidiesen distinguir su silueta sobre el techo del vehículo.

A un kilómetro de distancia, dio unos cuantos golpes sobre el techo. Inmediatamente notó la pérdida de velocidad.

Antes de que se detuviera la ambulancia, saltó al suelo. Corrió hacia la portezuela del conductor y la abrió de golpe.

«El Colilla» se quedó atónito al reconocerle. Víctor alargó la mano, asió su brazo y pegó un tirón.

Su adversario era de la misma complexión, aproximadamente. Además estaba sorprendido, lo cual le colocaba en franca inferioridad.

La pelea no tuvo historia: un golpe de izquierda al estómago y un derechazo al mentón, acabaron con la escasa resistencia de «El Colilla».

Había seis kilómetros hasta la ciudad. Víctor cargó en la parte posterior el cuerpo del pandillero y, tras atarlo con las correas a la camilla, regresó al puesto del conductor.

Unos minutos más tarde, detenía la ambulancia en una calle poco concurrida. Quito las llaves de contacto, cerró todas las puertas con llave y las arrojó luego por una alcantarilla.

Luego, limpiándose las manos en un imaginario polvo, emprendió tranquilamente el regreso a su casa, con las manos en los bolsillos y los labios acanutados para silbar la canción de moda.

## CAPÍTULO VII

A sus cuarenta años, Emil Palmer conservaba aún la prestancia y la apostura de su primera juventud. El paso del tiempo, sin embargo, había conferido a su rostro una expresión de arrogancia y autoritarismo que no podía disimular.

—Así que usted es el abogado de Amelia Crandall —dijo, una vez hubo recibido a su visitante.

—Abogado y representante legal —contestó el joven con toda calma—. Dentro de unos días se va a ver un juicio, en el cual se informará sobre su capacidad o incapacidad para disponer de su fortuna, y, naturalmente, tengo que estar informado acerca de su presente dolencia, para actuar del mejor modo conveniente a sus intereses.

Palmer emitió una sonrisa de falsa benignidad.

—Señor Ferguson —contestó—, soy siquiatra y, naturalmente, podría contestarle con una impresionante retahíla de términos científicos para definir la enfermedad de mi paciente, pero lo resumiré en dos palabras, fáciles de entender para el profano: está loca. Y no agrego «de remate», por respeto a ella misma.

—Ése es su dictamen, ¿no?

—En efecto.

—Usted es el médico contratado por los familiares de la señorita Crandall.

—Desde luego, aunque contratado no es la palabra exacta. Me han encomendado que la cuide, es más correcto. Y ella vino a mí voluntariamente.

—¿Lo atestiguará así en el tribunal?

—Por supuesto.

—Bien, los familiares de Amelia Crandall la han puesto bajo su

cuidado con su consentimiento. Ahora bien, usted sabe perfectamente que en esto de declarar demente a una persona, a veces, se producen dudas.

—No en el caso de la señorita Crandall —respondió Palmer enfáticamente.

—Yo no dudo de su competencia profesional, doctor —declaró el joven—. Lo único que deseo es poder traer aquí a mi propio siquiatra y que el haga uno o varios o todos los exámenes que crea convenientes antes de emitir un diagnóstico definitivo acerca de la salud mental de mi cliente.

Palmer pareció sorprenderse un tanto. Luego, rehaciéndose, contestó:

—Está usted en su derecho, señor Ferguson.

—¿Cuándo le parece que vuelva con el siquiatra? —preguntó Víctor.

—En el momento que lo desee. Daré órdenes para que le permitan pasar y examinar sin el menor obstáculo a la señorita Crandall.

Víctor frunció el ceño.

«Demasiadas facilidades», pensó.

Palmer guardaba un as en la manga. «¿Qué truco pensaba emplear para engañar a un experto?», se preguntó.

—Bien, vendré mañana —dijo al cabo—. Ahora, si no le importa, desearía entrevistarme con la señorita Crandall.

Palmer se puso en pie.

—Por supuesto —accedió—. Tenga la bondad de seguirme, señor Ferguson.

\* \* \*

Víctor llegó ante la puerta de la habitación en que se alojaba Kay y llamó suavemente con los nudillos. Momentos después, oyó la voz de la muchacha:

—¿Quién es?

—Abra, Kay; soy Ferguson.

La llave giró dos veces en la cerradura. Luego, se abrió la puerta y la cara de Kay apareció a la vista de3 joven.

—Esto parece una cárcel —se quejó ella.

—Lo siento —contestó Víctor, cruzando el umbral—. Lo ideé para tenerla a salvo de aquellos forajidos.

—Al menos, tenía compañía con ellos —dijo Kay, Cerró de nuevo con doble vuelta de llave y se enfrentó con su visitante—. ¿Noticias?

Víctor la miró fijamente durante unos segundos.

—No son buenas, Kay —dijo al cabo.

—¿Le ha ocurrido algo a la señorita Crandall? —preguntó ella ansiosamente.

—Kay, ¿por qué no me dijo la verdad desde un principio? —preguntó él en tono de reproche.

Ella le dirigió una mirada de extrañeza.

—No le entiendo, Víctor —respondió—. Le he sido sincera desde el momento en que contraté sus servicios como abogado y no le he ocultado nada que yo sepa, a menos que se trate de una omisión involuntaria. Pero si me hace alguna pregunta, le contestaré con la verdad o, por lo menos, con lo que yo conozca.

—Entonces, es que usted también está engañada —sentenció el joven.

—¿Qué quiere decir? Por favor, explíquese de una vez —pidió Kay con acento lleno de vehemencia.

—No hay la menor duda; Amelia Crandall es una demente.

Kay retrocedió un paso. Sus ojos aparecían dilatados por el asombro.

—¡Imposible, Víctor! ¡Es la mujer de juicio más sano que he visto en los días de mi vida! —exclamó.

Víctor meneó la cabeza.

—Lo siento —respondió—. Yo no soy médico, pero hasta el más lerdo adivinaría, a primera vista, que Amelia está loca de remate.

—¡No, no, no! —clamó la muchacha—. Víctor, le han engañado miserablemente...

—Insisto, Kay, por favor —dijo él malhumoradamente—. Tengo ojos en la cara, caramba.

Kay se pasó una mano por la frente.

—Me parece estar padeciendo una pesadilla —murmuró—. No sé cómo ha podido apreciar una cosa semejante...

—Mire, Kay —dijo Víctor en tono persuasivo—, he estado en la clínica y he hablado con Palmer. Ciertamente, esperaba más

resistencia por su parte, pero no puedo quejarme de su amabilidad.

»A decir verdad, yo esperaba que me mostrase a una Amelia Crandall torpe, vacilante, de movimientos embotados... creía que la tendrían sujeta a la acción de alguna droga hipnótica que hiciese creer al profano en su locura.

»Pero no era así. Yo mismo la he visto y la he oído desvariar y decir mil insensateces. No estaba torpe ni aturdida, sino que se movía con bastante agilidad para sus años, pero las barbaridades que decía no podían salir de labios de una persona normal.

»Si Amelia hubiese estado allí a la fuerza, si conservase un mínimo de razón, al oír que yo era su defensor, hecho cualquier persona corriente en su caso. Muchos normalidad mental en alta voz... eso es lo que habría hecho cualquier persona corriente en su casa. Muchos locos dicen que están cuerdos cuando alguien los visita; Amelia, ni eso; reía y lloraba alternativamente como una chiquilla y a mis preguntas sólo contestaba con los más absurdos disparates... cuando contestaba y no se ponía a cantar canciones que la harían enrojecer a usted, Kay.

La chica estaba estupefacta. No tenía fuerzas para hablar.

Víctor continuó:

—Repito que no soy un experto, pero puedo asegurar que no hay drogas en el caso de Amelia. Lamentándolo mucho, tengo que decirle que es un caso perdido.

»Puede que sus parientes no sean lo que se dice verdaderas personas decentes, pero ésta es ya otra cuestión. Legalmente, tienen derecho a declarar incapaz a Amelia y cualquier abogado que intente defender sus intereses no hará sino fracasar rotundamente.

Kay meneó la cabeza.

—Es increíble —murmuró—. No comprendo qué le ha podido pasar para caer en un estado semejante. Pero si ella misma solicitó...

—Tal vez la enfermedad se hallaba en estado latente y se ha revelado de pronto —opinó Víctor—. Tal como la he visto yo, ni siquiera me atrevo a pedir los servicios de un siquiatra para examinarla por nuestra cuenta.

Kay se sentó sobre la cama y juntó las manos en el regazo.

—Está perdida y ellos se llevarán los dos millones —dijo.

—Legalmente, así sucederá —concordó Víctor—. Kay, créame

que la siento; me es usted sumamente simpática y hubiese deseado que todo hubiera salido a medida de sus propósitos, pero no puede ser.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Entonces, ¿abandona?

—Es que no veo la más mínima probabilidad de triunfar, Kay.

—En tal caso, ¿por qué me raptaron a mí? ¿Por qué querían internarle a usted en la clínica de Palmer? —preguntó ella súbitamente.

Víctor se quedó desconcertado unos momentos.

—Bueno, yo no sé si se trata de algún asunto derivado del mismo —respondió al cabo—. Hay que tener en cuenta que se trata de dos millones..., y quizá alguno de los parientes de Amelia está implicado en algún negocio no demasiado honesto y..., ¿comprende? Pero si es así, Kay —concluyó—, la última palabra compete exclusivamente a la policía.

Kay hizo un signo de aquiescencia.

—Es posible que sea como dice —contestó con voz opaca.

Víctor se dispuso a marcharse.

—No sé qué más decirle —manifestó—. Si quiere que pida protección policial para usted...

—No será necesario —contestó Kay—. Seguiré aquí un par de días y luego me buscaré otro apartamento distinto del que tengo alquilado. —Miró al joven y sonrió—: Dispongo de unos cientos de dólares ahorrados. Páseme la minuta, por favor.

Víctor agitó una mano.

—Olvídelo. Fue un placer trabajar para usted, Kay... y espero que, en lo sucesivo, podamos vernos con más frecuencia. Comuníqueme su nuevo domicilio cuando lo tenga, ¿querrá hacerlo?

—Sí, desde luego.

Momentos después, Víctor se hallaba en la calle.

Respiró el aire libre a pleno pulmón. En lugar de pedir un taxi, caminó a pie.

Quería hacer algo de ejercicio y pensar mientras andaba. Todo había sido un error monumental, se dijo.

Lo único positivo a su entender, era que había conocido a una chica estupenda. «Sí, tendré que reafirmar mi amistad con Kay»,

pensó.

\* \* \*

Estuvo trabajando en algunos asuntos pendientes hasta muy tarde. Cuando terminó, se quedó muy asombrado al ver la hora.

Habían dado las nueve hacía rato. Cerró la carpeta, la metió en un archivador y pasó al cuarto de baño para lavarse las manos.

Unos minutos más tarde, salió del lavabo. Dio un paso y se detuvo al ver a Kay sentada en un sillón, ante su mesa de trabajo.

—Hola —sonrió Víctor—. ¿Se ha cansado ya de su encierro?

—En cierto modo —contestó ella—. El encierro me ha servido para meditar mucho, muchísimo... y darme cuenta de que no estoy equivocada y que a usted le han engañado como a un chino.

Víctor parpadeó asombrado.

—¿Cómo? —dijo aturdidamente.

Kay se puso en pie y abrió su bolso. Sacó una fotografía y la puso debajo de los atónitos ojos del abogado.

—Dígame, Víctor, ¿es ésta la mujer que vio en la clínica bajo el nombre de Amelia Crandall?

Víctor examinó la fotografía durante unos instantes. Luego miró a la muchacha.

—No, no es aquella mujer —contestó al cabo.

## CAPÍTULO VIII

Cenaron en un restaurante próximo al edificio donde Víctor tenía su bufete. Mientras comían, se esforzaron por trazarse un plan de acción.

—Debe ser rápido y certero —alegó él—. El juicio se celebrará dentro de cinco días, a partir de hoy. Si no llegamos a tiempo, los parientes de Amelia se quedarán con una inmensa fortuna.

—¿Y ella?

—Seguirá en la clínica... si sus parientes quieren pagar los honorarios de Palmer. En otro caso, tendrá que ir a algún establecimiento gratuito.

Kay se mordió los labios.

—Frank Simmons siempre me pareció un sujeto sinuoso y retorcido —dijo—. Y los otros no son mejores; semejan cuervos posados en la rama de un árbol, esperando el momento de tomar parte en el festín de carroña.

—Es una carroña de dos millones —le recordó él.

—Pero Amelia tenía unos documentos que podían comprometer a Palmer y a sus parientes, Víctor.

—Ya lo sé. Sin embargo, no han aparecido, aunque Cotts dijo que estaban detrás de un cuadro pintado por un holandés, cuyo nombre empezaba por Vol...

Los ojos de Kay brillaron súbitamente.

—¿Por qué no vamos a ver los cuadros de la casa de Amelia? —propuso.

—Tenemos tiempo —contestó él. Consultó el reloj—. Sólo son las diez y cuarto; es demasiado temprano para entrar sin ser vistos.

—Me consumo de impaciencia —dijo ella.

—Calme sus nervios —recomendó Víctor—. Yo tengo unos

papeles que comprometen a Hannah Stone, aunque me parece que la administradora del hospital juega un papel muy secundario en este asunto.

—¿Usted cree? ¡Ella tiene que estar enterada a la fuerza de dónde se halla verdaderamente Amelia Crandall!

—No sé...

Kay inclinó el busto hacia adelante.

—Hannah es la íntima amiga de Palmer. ¿Cree que éste puede ocultarle una cosa semejante? ¿Por qué se opuso el primer día a que viese a Palmer y a Amelia?

—Tiene usted razón —convino él. Agitó la mano para pedir la nota—. Y ahora mismo nos vamos a ir a su casa y le apretaremos las clavijas.

—Amenácele con dar a la publicidad aquellos documentos. Cederá, estoy segura de ello.

La camarera acudió. Víctor abonó el importe de las cenas y luego se puso en pie.

Mientras salían, preguntó a la muchacha:

—Kay, ¿conoce usted a un sujeto llamado Bralton?

—Me parece que, por lo menos, de oídas —contestó ella—. Creo que tiene un establecimiento de recreo en Fradslake Boulevard.

—¿Qué clases de recreo?

—Oh, máquinas tragaperras, de juegos de puntos, billares, tocadiscos automáticos, una pista de baile... y bebidas, naturalmente.

—Sí, una especie de galerías de a diez centavos.

—Más o menos, aunque he oído decir que es un establecimiento de considerable magnitud.

Víctor agitó una mano. Un taxi se acercó a la acera.

Momentos después, rodaban hacia el edificio donde vivía Hannah Stone. Víctor se dijo que el establecimiento de Bralton podía ser honesto, pero su dueño era un jefe de pandilleros.

—Me pregunto quién le pudo haber contratado para secuestrarnos —dijo en alta voz.

—Los parientes de Amelia, por supuesto.

—¿Cree que son tan decididos como para ponerse en manos de un gángster?

—¿Por qué no? Quieren conseguir la fortuna de Amelia y los

medios no les importan en absoluto.

Víctor se acarició la mandíbula.

—Sí, es posible, pero ese sistema tiene un inconveniente —manifestó.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Se ponen en manos de un sujeto sin escrúpulos. Bralton cobrará ahora un precio relativamente módico, pero luego les someterá a chantaje. Poco a poco, el dinero de Amelia acabará en las arcas de Bralton.

Kay se reclinó en el asiento del coche, con expresión pensativa.

—No había dado en ello —confesó—. Y si no fuera por la propia Amelia, se merecerían que les ocurriese una cosa semejante.

—Si ganan el pleito, eso es lo que les pasará —profetizó Víctor.

El taxi se detuvo a poco. Víctor abonó el importe de la carrera y luego ayudó a la muchacha a bajar del vehículo.

Cruzaron la acera y entraron en la casa. El ascensor les llevó hasta el piso donde residía Hannah Stone.

Víctor llegó a la puerta y tocó el timbre. Esperaron unos momentos, sin que nadie contestase a sus llamadas.

—No habrá venido a casa —sugirió Kay.

—Pudiera ser —contestó Víctor—, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Estamos a mediados de semana y ella tiene que trabajar. Pero no es un médico, sino una burócrata; por lo tanto, no sale a horas intempestivas, si no que saldrá a divertirse en viernes o sábado, cuando al otro día no tenga necesidad de madrugar —especuló el abogado:

—Parece un argumento razonable —admitió Kay. Y volvió a apretar el timbre, con idéntico resultado negativo.

Entonces, cuando Víctor se dio cuenta de que no contestaba nadie, tuvo una súbita, inspiración y asió el pomo de la puerta.

—Está abierta —dijo, sorprendido, aunque a inedia voz.

—¡Qué raro! —murmuró Kay.

Víctor cruzó el umbral. Kay le seguía a cortísima distancia.

Una vez dentro del piso, Víctor encendió las luces. La casa parecía en orden.

—Tal vez tuvo que salir precipitadamente y se olvidó de cerrar con llave —apuntó la muchacha.

Víctor no quiso decir nada.

Un extraño presentimiento le había asaltado desde el momento en que encontró la puerta abierta. Atravesó el salón y llegó al dormitorio de Hannah Stone.

Su presentimiento se confirmó: lo primero que vio, fue una pierna enfundada en seda, aunque desprovista de zapato, el cual yacía en el suelo. La pierna salía parcialmente de la cama, que no le era visible en su totalidad, debido a que la puerta del dormitorio estaba casi cerrada.

—Kay —dijo Víctor.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—No se acerque. Me parece que a Hannah Stone la han asesinado.

Kay inspiró profundamente, a la vez que cerraba las manos con fuerza. Trataba de evitar un grito, que había estado a punto de escapársele.

Víctor empujó la puerta con el codo, a fin de no dejar huellas dactilares. Luego se dio cuenta del absurdo que era, porque días antes había estado registrando la casa y..., ¿quién iba a pensar entonces que Hannah sería asesinada?

La causa determinante de la muerte de la amiga de Palmer era un puñal que había penetrado profundamente en su pecho.

Víctor la contempló durante unos momentos. Todo aparecía en orden.

Aquello tenía un significado inequívoco: no había habido lucha, lo cual quería decir que el asesino de Hannah era persona de su confianza.

La muerte le había llegado intempestivamente, por sorpresa, sin que ella se percatase de que iba a ser asesinada hasta el último momento. Estaba a medio vestir, con una bata encima de la ropa interior.

Durante unos momentos, sólo hubo silencio en el ambiente. Kay lo rompió con una pregunta:

—¿Está... muerta?

—No se mueva —contestó él.

Dios dos pasos y tocó el brazo semidesnudo de Hannah. La piel estaba completamente fría.

La sangre, asimismo, ofrecía indicios de coagulación.

—Ha debido morir hace un par de horas, al menos —calculó.

—¿Quién la ha matado?

—No tengo la menor idea —respondió Víctor—, aunque me figuro algunos de los motivos.

—Explíquese —pidió Kay.

—Tengo la impresión de que, en esta conspiración para quedarse con la fortuna de Amelia Crandall, alguien consideró que Hannah podía ser un eslabón débil y romperse en el momento menos conveniente. El resto se deduce fácilmente.

—Sí, pero ¿quién hizo esos cálculos?

Víctor giró en redondo.

—Tenemos que irnos —contestó evasivamente.

—¿Avisará a la policía?

—Sí, pero desde otro sitio. No tengo ganas de verme complicado en un interrogatorio molesto y enojoso. Además, no quiero que los «otros» sepan que conozco la muerte de Hannah antes de tiempo, ¿comprende?

—Sólo a medias, pero me parece bien. ¿Vamos?

Salieron del dormitorio. Al cruzar el salón, Víctor reparó en algo situado sobre una mesita.

Era una tira de fósforos, con un anuncio en una de sus caras. El anuncio pertenecía a las Galerías Bralton. «Todo género de diversiones honestas», rezaba un lema impreso en la cartulina.

Víctor enseñó la tira a la muchacha.

—¿Qué le parece? —preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Hannah ha muerto asesinado por los mismos que mataron al pobre Cotts —respondió.

—Es posible —dijo él cautamente—. Salgamos.

Momentos después, se hallaban en la calle. Recorrieron casi un kilómetro, antes de entrar en una cabina telefónica, desde la que Víctor dio un aviso a la policía acerca del asesinato. Antes de que pudieran hacerle preguntas, colgó y se apartó de allí a toda prisa, en unión de la muchacha.

Minutos después, oyeron muy a lo lejos el sonido de una sirena policial. Pero ellos caminaban en dirección opuesta.

Poco más tarde, estaban en el jardín de la casa de Amelia Crandall. Para entrar, utilizaron una de las ventanas posteriores.

Kay cerró bien las cortinas. Entonces, Víctor encendió las luces.

—Bueno —dijo—, y ahora, a buscar un cuadro de un pintor holandés cuyo nombre empiece por Vol...

—¿Volster? —sugirió Kay.

—No tengo la menor idea. ¿Quién era Volster?

—Se me ocurrió... Parece un nombre holandés.

Examinaron los cuadros uno a uno. Ninguno de ellos estaba firmado por un artista cuyo nombre empezase con aquellas tres letras.

—Pero, bueno —dijo él de pronto—, ¿qué clase de documentos son los que Amelia guardaba y que comprometían a Palmer y a sus parientes?

—Pagarés. He hablado con Callaghan, el abogado de Amelia.

—¿Eh?

—Sí —confirmó Kay—. ¿No se ha dado cuenta del lujo con que está montada la clínica de Palmer?

—Desde luego. No es muy grande, pero está montada por todo lo alto. ¿Es que Amelia le adelantó dinero?

—Casi cien mil dólares y otro tanto a sus parientes, por medio de unas hipotecas bancarias, de las cuales ella es responsable económica.

—Entiendo, como una especie de aval, que si es retirado, les dejaría en una difícil situación.

—Exactamente. Entonces, el Banco, al llegar el día del vencimiento, exigiría el pago... y si no se produce, ejecutaría el embargo de los bienes, de los afectados por dichos préstamos. Simmons posee una casa nueva y lo mismo pasa con cada uno de los otros dos parientes de Amelia.

—Comprendo. Y, ¿cuándo es el vencimiento de esas hipotecas?

—Al día siguiente en que se celebre el juicio, —respondió Kay.

Víctor movió la cabeza afirmativamente.

—Comprendo. Si la sentencia les es favorable, podrán obtener una prórroga del Banco y luego cancelar las hipotecas.

—Exactamente.

Víctor meneó la cabeza.

—¡Qué banda de granujas! —masculló. Y, en aquel momento; se oyó un ligero chasquido en la puerta principal.

—Viene alguien —dijo Kay, aterrada.

Víctor agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. No lejos de donde estaban, había un hueco de un gran ventanal, con cortinas de terciopelo que llegaban hasta el suelo.

## CAPÍTULO IX

Sonaron unos pasos cautelosos. Una voz de mujer dijo:

—Esto no me gusta, Jed.

—Cállate, estúpida —contestó el hombre—. ¿Te gustaría más quedarte en la calle?

—Podíamos habernos arreglado con tía Amelia...

—¿Con esa bruja avara? Está bien donde está..., ¡y ojalá se muera mañana mismo! —dijo el hombre brutalmente.

—Si tan seguro estás de que todo saldrá bien, ¿por qué...?

—¡Oh, cierra el pico de una vez! —exclamó el hombre, exasperado—. Ahora, mucho lamentarse, pero cuando ideamos el plan, tú fuiste de las primeras en aprobarlo. ¿Por qué te quejas, pues, ahora?

—Sólo se trataba de declarar incapaz a tía Amelia; no de asesinar a la gente.

—Escucha, Sally —dijo el hombre—, yo no he matado a nadie. Pero hay dos millones en juego y si queremos nuestra tajada, hemos de dejar los escrúpulos a un lado... Ah, aquí viene Frank.

La puerta de la calle se abrió de nuevo. Kay pegó los labios al oído de Víctor.

—Es Frank Simmons.

Víctor hizo un levísimo movimiento con la cabeza. Luego oprimió con la mano de la muchacha.

—Hola, chicos —dijo el recién llegado.

—¿Qué tal, Frank? —saludó el hombre.

—¿Habéis encontrado algo?

—No, apenas acabamos de llegar...

—Bueno, a mí me da la impresión de que debe de estar por el dormitorio de la bruja. ¿Subimos?

—Vamos.

Víctor y Kay oyeron pasos que se dirigían hacia la escalera. Cuando hubo vuelto el sonido, ella dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

—¡Uf! —dijo a media voz.

—¿Quiénes son ese hombre y la mujer? —preguntó él.

—Jed Sprague. Ella es Sally, su esposa...

Kay se interrumpió. Un extraño sonido acababa de llegarle desde el piso superior.

—¡Víctor! —exclamó, aterrada.

El joven la cogió con sus brazos.

—¡No grite o nos matarán a nosotros también!

Se oyó un chillido de mujer. Luego, sonaron dos estampidos en rápida sucesión.

Aún oyeron un cuarto disparo. Las detonaciones eran de escaso volumen, lo hizo deducir a Víctor que se trataba de un arma de pequeño calibre.

Segundos más tarde, oyeron los pasos de un hombre que descendía la escalera, saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Víctor atisbo a través de la cortina y vio a Simmons correr precipitadamente hacia la salida.

Simmons llevaba las manos enguantadas en negro, lo vio claramente. Un momento más tarde, el asesino había apagado las luces y se precipitaba fuera del edificio.

Kay se abrazó estrechamente al joven. Durante unos momentos, Víctor notó claramente los espasmos que sacudían el cuerpo de Kay.

—Repórtese —aconsejó.

—Es horrible, horrible... —gimió ella.

Víctor asintió. Kay tenía razón. No sólo era horrible, sino monstruoso. Tres asesinatos en una sola noche eran, literalmente, una matanza.

—Avíseme cuando se sienta mejor. Quiero examinar los cadáveres —dijo él.

Kay respiró con fuerza varias veces.

—Ya estoy —dijo al cabo.

Víctor apartó las cortinas a un lado. La casa estaba a oscuras.

Encendió un fósforo y, con la ayuda de su luz, pudo encontrar un interruptor de la luz eléctrica. Luego avanzó hacia la escalera

que conducía al piso superior.

—Quédese aquí, Kay —recomendó.

Ella accedió. Buscó una silla y se sentó; las piernas se negaban a sostenerla.

Víctor subió al piso superior y estuvo allí un breve período de tiempo, inferior a cinco minutos. Kay vio que tenía la cara blanca al regresar.

—¿Están muertos?

—Sí.

Kay se tapó la cara con las manos.

—No me eran simpáticos —dijo—, y yo me hubiese contentado simplemente con su derrota, pero no quería que muriesen.

—Comprendo —respondió él—. De todas formas, Simmons está perdido.

—¿Declarará en contra suya?

—Declararé lo que he visto, como usted. Pero antes quiero hablar con él.

—Es un hombre peligroso; está armado.

—No. La pistola ha quedado arriba.

Kay miró al joven con gesto de sorpresa.

—¿No se la ha llevado él? —preguntó.

—Ha fingido que se trataba de una muerte y un suicidio.

—¿Cómo? —Respingó la muchacha.

—Por lo que aparenta a primera vista, las deducciones que obtendrá la policía serán que Jed Sprague mató de tres disparos a su esposa y luego se aplicó la pistola a la sien. Es preciso reconocer que Simmons lo ha hecho muy bien, Kay.

—¿Usted... cree?

—Sí. El primer disparo fue hecho contra el cráneo de Jed. Seguramente, Simmons se situó a su derecha y, aprovechando una distracción de Jed, sacó la pistolita, la apoyó en su sien y apretó el gatillo.

»Jed debió de caer sin enterarse siquiera de qué había pasado. Sally chilló entonces, una fracción de segundo antes de que Simmons le metiese dos balazos en el cuerpo.

»Uno de los proyectiles le entró en el pecho y el otro en el hombro izquierdo. Ignoro cuál de los dos fue el primero, pero es evidente que ella trató de girarse para huir, sin conseguirlo. Al caer,

Simmons, ya con toda tranquilidad, acercó la pistola a su cráneo y la remató. Luego puso el arma entre los dedos de Jed y escapó.

Kay asintió.

—Y la policía creerá en él suicidio... ¡No, Víctor; Simmons ha cometido un terrible error!

Víctor miró a la muchacha con gran interés.

—¿Qué error? —preguntó.

—Usted ha dicho que Jed tiene la herida mortal en la sien derecha. ¿Está seguro?

—Aguarde, voy a comprobarlo, aunque no creo haberme equivocado.

Víctor subió al piso superior, regresando medio minuto después.

—La herida está en la sien derecha. Jed Sprague empuña la pistola con la mano derecha —afirmó rotundamente.

—¡Pero Jed era zurdo! —exclamó Kay.

—¿Está segura?

—Segurísima, no hay duda posible.

Víctor se acarició la mandíbula pensativamente.

—Bueno —dijo—, vamos a ver si tendernos una trampa al asesino para que le eche el guante la policía.

—¿Qué clase de trampa? —preguntó ella.

—Venga conmigo y lo verá.

Apagaron todas las luces y salieron de la casa, sin dejar de observar las mismas precauciones que a su llegada. Un cuarto de hora más tarde, entraban en un bar situado más hacia el centro de la ciudad.

—¿Conoce usted el teléfono de Simmons? —preguntó él.

—No, pero puede averiguarlo, conociendo su dirección. Voy a dársela —respondió ella.

Víctor dejó a la muchacha instalada en un semi-reservado, frente a una taza de café. Luego buscó la cabina telefónica, se encerró en ella y consultó la guía.

Momentos después, marcaba un número telefónico. Esperó unos momentos, hasta oír una voz femenina.

—¿Quién es? Habla la señora Simmons.

—Me llamo Brown y soy empleado de su esposo, señora Simmons —mintió el joven descaradamente—. ¿Puede decirle que quiero hablar con él urgentemente?

—Aguarde un momento, por favor —contestó la mujer.

Víctor oyó la voz de la señora Simmons, que llamaba a su esposo. Luego percibió sonido de pasos que se acercaban al teléfono.

—Oiga, amigo —sonó una voz bronca—, ¿se trata de una broma? Yo no tengo ningún empleado que se llame Brown...

—No me llamo Brown, señor Simmons —le atajó el joven—. En realidad, soy un testigo presencial de lo que ha ocurrido hace menos de media hora en la casa de Amelia Crandall.

Hubo una corta pausa de silencio.

Luego, Simmons dijo:

—No sé de qué me está hablando, amigo. ¡Váyase al infierno!

—Bien, pero no corte —dijo Víctor rápidamente—. ¿Es que ya no se acuerda de que Jed Sprague era zurdo?

De nuevo volvió el silencio. Luego, bruscamente, Víctor oyó el golpe del teléfono al ser colocado con violencia sobre la horquilla.

Colgó el suyo y salió de la cabina telefónica.

Kay le miró con expresión ansiosa.

—¿Ha hablado con él? —preguntó.

—Sí. —Víctor se sentó frente a la muchacha.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada. Apenas tuve tiempo de recordarle que Sprague era zurdo. Pareció meditar un instante y luego colgó de golpe.

—¿Volverá a casa de Amelia?

—Es lo más probable, opino —contestó Víctor.

—Pero ya no puede borrar las huellas de su crimen.

—Sí, de una forma, Kay.

—¿Cómo?

—Pegando fuego a la casa.

Ella emitió una exclamación de espanto.

—Entonces, quedarán destruidos los documentos —dijo.

—Lo cual significa que debemos evitarlo —declaró Víctor. Puso una moneda sobre la mesa y agarró el brazo de la joven—. Vamos, deprisa.

Salieron del bar y echaron de nuevo a correr en dirección inversa. Víctor lanzó un resoplido de disgusto apenas estuvieron en la calle.

—¡Qué nohecita, Señor, qué nohecita!

Unos minutos después, Víctor divisó una cabina telefónica en la acera.

Sin dudarlo, se metió en su interior y marcó el número de la jefatura de policía. Informó:

—Se ha cometido un doble asesinato en la casa ochocientos veintisiete de Avenida Carpenter. El asesino se dispone a regresar, para incendiar el edificio y borrar así las huellas de su crimen. Estas muertes están relacionadas con la de Hannah Stone. Eso es todo.

Y colgó.

—Vamos —dijo una vez fuera de la cabina, agarrando de nuevo el brazo de la chica.

Caminaron con paso rápido, aunque sin exageraciones, a fin de no llamar la atención de los policías que hacían su ronda nocturna por las calles de la ciudad. Diez minutos más tarde, se hallaban en las inmediaciones de la casa de Amelia Crandall.

—Esperemos aquí —dijo él, situándose al pie de un árbol de los que adornaban la acera—. Acérquese a mí.

Ella obedeció. Víctor pasó un brazo por encima de sus hombros.

—Hemos de fingir que somos unos enamorados —dijo.

Kay asintió. Era la mejor forma de pasar desapercibidos.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, vieron a un hombre que se acercaba a la acera con paso rápido.

—Víctor —susurró la muchacha—, ése es Simmons.

## CAPÍTULO X

Frank Simmons llegó a las inmediaciones de la casa de Crandall y se detuvo ante la puerta de la valla del jardín. Miró cautelosamente en torno suyo.

A cuarenta metros de distancia, había una pareja de enamorados, estrechamente abrazados. Parecían muy ocupados en sí mismos, calculó.

Se preguntó quién podía haberle hecho la llamada telefónica. Había sido un error, ciertamente, cometido con las prisas de terminar cuanto antes con los Sprague. Si lo hubiese pensado mejor...

Pero ahora era ya tarde para lamentaciones. Lo que correspondía era hacer desaparecer los cadáveres. Alguien le ayudaría.

Un motor zumbó de pronto a lo lejos. Simmons se volvió.

Víctor y Kay miraron cautelosamente. Una furgoneta se acercaba a la casa.

El joven comprendió inmediatamente las intenciones del asesino.

—Van a hacer desaparecer los cadáveres —murmuró al oído de Kay.

—¿No van a incendiar la casa?

—Es difícil que el fuego consuma un cadáver por completo, a menos que se trate de un homo crematorio —explicó él—. Y siempre, una vez extinguido el incendio, quedarían las Mellas de los balazos en los huesos del cráneo.

—Comprendo —dijo ella.

La furgoneta, de color oscuro, se acercaba ya a la casa. Víctor se preguntó dónde podrían estar los policías. Habían transcurrido más

de diez minutos desde que les avisó y...

Simmons hizo una señal al conductor de la furgoneta. Ésta se arrimó a la acera.

La puerta posterior se abrió. Entonces, Víctor y Kay oyeron un grito espantoso.

—¡No, no!

Simmons dio media vuelta e intentó echar a correr. Una pistola ametralladora tableteó ensordecedoramente.

El asesino trastabilló, dio unos cuantos pasos y acabó por caer de bruces al suelo.

Víctor agarró a Kay y la situó tras el árbol.

—¡No se mueva! —aconsejó.

El chófer aceleró. En aquel momento, tres o cuatro hombres salieron del jardín de la casa, en donde habían estado escondidos hasta entonces.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

La furgoneta aumentó su velocidad. Los policías, al ver que su orden era desobedecida, abrieron el fuego sin vacilar.

La ametralladora escupió una corta ráfaga. Luego, su sirviente, alcanzado por los disparos de los agentes, dio una voltereta y cayó al suelo, rodando aparatosamente unas cuantas veces antes de detenerse.

Sonó una fuerte explosión. Uno de los neumáticos de la furgoneta, alcanzado por una bala, acababa de reventar.

El vehículo zigzagueó alarmantemente, a la vez que se oía un terrible chirrido de neumáticos. El conductor aplicó el freno, pero no pudo evitar que el morro de la furgoneta se incrustara contra el tronco de un árbol.

Se oyó un es trépido horroroso. Una portezuela se abrió y un hombre saltó al suelo, ensangrentada la cara y vacilantes los pasos.

Los policías corrían hacia él. Alguien le dio el alto.

Entonces, el pandillero pareció recobrarse. Sacó una pistola y empezó a retroceder, a la vez que hacía fuego.

Los agentes se dispersaron. El pandillero se parapetó un instante tras la furgoneta, hizo un par de disparos y, luego intentó escapar, cruzando la calle.

Una salva de proyectiles le alcanzó de lleno, haciéndole dar un tremendo salto en el aire. Cayó de cara sobre el asfalto y se quedó

quieto.

Un tercer forajido apareció en la parte trasera del vehículo, con las manos en alto. Tenía el pecho cubierto de sangre y su expresión era de intenso sufrimiento.

Un policía le apuntó con el revólver. Antes de que pudiera decirle nada, el pistolero cayó muerto.

Kay temblaba convulsivamente. Víctor la atrajo hacia sí con fuerza. También él se sentía profundamente impresionado por la espantosa matanza que acababa de tener lugar.

Un policía les vio y les apuntó con su pistola.

—¡Salgan de ahí! —ordenó—. ¡Con las manos en alto!

Varios revólveres más les encañonaron, Víctor miró a la muchacha:

—No tenga miedo. Deje que yo hable —pidió.

Ella asintió en silencio. No tenía fuerzas para hablar.

Lentamente, con las manos a la altura de la cabeza, abandonaron el refugio del árbol y se dirigieron al encuentro de los policías.

\* \* \*

Sin pronunciar una palabra, Víctor puso encima de la mesa la fotografía de Amelia Crandall. Mientras lo hacía, estudiaba el rostro de Emil Palmer.

El siquiatra palideció espantosamente. Sus manos temblaron de un modo perceptible.

—¿Qui... quién le ha dado esa fotografía...? —preguntó.

—Eso es lo de menos ahora —respondió Víctor—. Lo realmente importante es conocer el paradero de la señorita Crandall. ¿Dónde se encuentra?

Palmer vaciló un momento.

—No creo que eso le interese mucho...

—Soy su abogado y quiero saber dónde la tiene escondida. ¡O enterrada!

—¡Nat! —protestó Palmer con vehemencia—. ¡Amelia está viva!

—Usted me engañó ayer, enseñándome a una pobre anciana que sí está completamente loca. Se aproveché de que no conocía personalmente a la señorita Crandall, pero ya no sirve. Por última

vez, doctor Palmer, dígame dónde está.

El siquiatra parecía recuperarse poco a poco.

—No se lo diré —contestó tercamente—. Aún no he visto ningún documento que justifique su calidad de abogado de la señorita Crandall.

—Usted lo que quiere es que llegue el día del juicio. Entonces, se verá libre de la hipoteca que pesa sobre su clínica, ¿no es cierto?

Palmer acusó el golpe.

—No tengo nada que decir al respecto —contestó secamente.

—Muy bien —dijo Víctor, sin inmutarse—. Supongo que leerá los periódicos por la mañana, ¿no es así?

El médico apretó los labios. Víctor se dio cuenta de que estaba aterrorizado, pero la codicia podía más en él que su miedo.

Víctor empezó a contar con los dedos:

—Uno: Hannah Stone ha muerto apuñalada —dijo—. Dos: El matrimonio Sprague fue asesinado. Tres: El asesino de los Sprague, a su vez, fue acribillado a balazos cuando intentaba borrar las huellas de su delito. Y no menciono los pandilleros que mataron a Simmons, porque no nos interesan demasiado.

»Usted quiere callar por codicia. Muy bien —agregó el joven—, pero ¿cuánto tiempo cree que va a seguir con vida? Hay una fortuna de dos millones de dólares que interesa a alguien y que no piensa reparar en medios para conseguirla. ¿Está seguro de que usted no empieza ya a estorbar a ese asesino?

—A mí no me tocarán —dijo Palmer orgullosamente—. Me necesitan.

—En su lugar, yo no estaría tan seguro. ¿Y si se les ocurre liquidar también a la señorita Crandall? ¿En qué posición quedaría usted?

Palmer palideció. Víctor se echó a reír.

—¿Lo está viendo? —dijo—. Muerta Amelia, su fortuna pasará a sus parientes más próximos y usted se quedará con la hipoteca colgando, que le vence al final de la semana próxima.

—Si Amelia muere, sus parientes no recibirán apenas un centavo. El testamento fue otorgado en favor de centros benéficos. A ellos les ha desheredado y sólo percibirán algunas mandas más simbólicas que efectivas.

Víctor se quedó parado un momento. Luego sonrió:

—¡Ah, estupendo! —exclamó—. De este modo, Amelia tiene la vida asegurada. Mientras no muera, sus parientes pueden reclamar su fortuna. ¿No es eso lo que quiere decirme?

—Celebro su perspicacia —contestó el galeno, que ya había recobrado la serenidad.

—Bien, es posible que no le hagan nada, puesto que necesitan un siquiatra que atestigüe la supuesta demencia de Amelia Crandall y en ese sentido, su reputación es intachable. Pero supongamos que ganan el pleito. ¿Cuál será su posición, una vez los parientes de Amelia hayan entrado en posesión del dinero?

Víctor se puso en pie. Nuevamente vio preocupado al siquiatra.

—Le doy veinticuatro horas para que tome una decisión, en un sentido u otro. De todas formas, y aunque Amelia Crandall no me conoce, voy a hacerle una proposición en su nombre. Si me dice dónde está, si la deja ir libre, como dejaría ir a cualquier persona con la mente sana, haré que ella prorrogue la hipoteca sobre su clínica, concediéndole unos plazos mucho más beneficiosos que los que tiene concedidos.

Dejó una tarjeta de visita sobre la mesa.

—Ahí tiene dos teléfonos: el de mi despacho y el del apartamento donde resido. Dispone de veinticuatro horas, no lo olvide —concluyó.

Cuando salió del despacho, Palmer no había pronunciado todavía una sola palabra.

\* \* \*

Víctor y Kay se encontraron a la hora de la cena, en un discreto restaurante, cuya situación habían convenido de antemano.

El joven explicó a Kay las gestiones practicadas durante el día. Luego dijo:

—Todavía me queda la más importante, sin embargo.

—¿Cuál es, Víctor? —preguntó ella.

—Visitar a Bralton.

Kay palideció.

—No vaya —pidió—. Es un sujeto sanguinario y sin escrúpulos...

Víctor se echó a reír.

—No me hará nada —contestó—. Su mayor error sería matarme, al menos en su propia casa. Y fuera de ella, ya cuidaré yo de que eso no suceda.

—Insisto, no se confíe demasiado, Víctor.

—Tendré el máximo de cuidado, pero estimo imprescindible la visita a Bralton.

Kay suspiró.

—Está bien —dijo—. Veo que no puedo disuadirle, pero, al menos, habrá de permitirme que le acompañe.

Víctor dudó un momento.

—Si no tiene miedo de que le pase nada, lo mismo sucede conmigo —añadió Kay, para apoyar su petición.

—Muy bien, iremos los dos juntos, ahora, cuando hayamos terminado de cenar. Y mañana, si las cosas no se han arreglado, visitaremos también a los otros parientes de Amelia Crandall.

—Son tres: Malcolm Davies, casado con Ina, hija de un hermano difunto de Amelia, y Abbie Crandall, hermana de Ina y soltera.

—¿Cree que están también implicados en el asunto? —preguntó Víctor.

—Cuando menos, se lucrarían con un resultado favorable.

—Lo cual significa que no levantarían un dedo para ayudar a su tía.

—No, excepto que ella fuese a morir.

Víctor asintió.

—El testamento de Amelia es su propio seguro de vida. Está otorgado hace dos años, cuando no había aún la menor duda sobre su salud mental, y no hay tribunal que admita una impugnación, ni siquiera parcial. Ellos lo saben y, por dicha razón, todos sus esfuerzos se centran en conseguir una declaración de insania mental.

—Exactamente, Víctor —contestó ella. Hizo una corta pausa y luego, sonriendo, dijo—: Fue una suerte topar con usted, Víctor. Otro abogado habría renunciado al primer intento.

—Seguramente, habría sido un abogado viejo, calvo, obeso y casado. Yo no poseo ninguna de esas cualidades, Kay.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —preguntó ella, extrañada.

—Sencillamente, que un hombre viejo, calvo o no, pero sí obeso, no habría podido resistir todos estos trotes, y si, además, estaba

casado, habría tenido miedo de unos ojos verdes muy bonitos, que me están mirando con bastante simpatía.

Kay enrojeció vivamente.

—No sea bromista —dijo en tono un tanto áspero.

—No es broma, querida —contestó él—. Hace tan sólo unos meses que me establecí en esta ciudad. Pensaba progresar y sigo confiando en ello. Ahora bien, una vez me haya asentado firmemente, tendré que pensar en otras cosas más interesantes que un bufete de abogado.

—En una esposa, claro.

—Así es, Kay.

—Tendrá que ser bonita y decorativa.

—Efectivamente.

—Yo no soy ninguna de esas dos cosas, Víctor.

—Usted es bonita, pero, más que todo, es valerosa, honesta y fiel a sus amistades. Es un conjunto de cualidades que garantizan un futuro feliz a su lado.

—No me de tanto incienso —dijo ella—. Voy a ponerme colocada.

Víctor sonrió, a la vez que depositaba unas monedas sobre la mesa.

—Ésta es una conversación que habremos de seguir en otro momento, con más tranquilidad, lo que quiere decir que sin ninguna preocupación para ambos. Ahora, de momento, tenemos que hacer algo muy importante.

—Metemos en la boca del lobo.

—El símil es muy ajustado a la realidad —concordó Víctor sobriamente.

## CAPÍTULO XI

Víctor y Kay, cogidos del brazo, pasaron bajo el arco de centenares de centelleantes letras de neón rojo, en el cual se leía el nombre del establecimiento.

Un enorme estrépito les asaltó de pronto. Varias gramolas automáticas tocaban al mismo tiempo en distintos puntos de la enorme nave donde estaban instaladas las máquinas de diversión, de todas clases. Había gente asimismo de todo género y pelaje: viejos, jóvenes, hombres, mujeres, muchachos... Era un infernal pandemónium de ruido y algarabía en donde, sin embargo, se notaba un denominador común en todos los asistentes: nadie se preocupaba de lo que hacía el vecino y todos se divertían sin molestar a nadie.

Víctor divisó a varios individuos de aspecto severo y ceñudo, que iban constantemente de un lado para otro. Por más que miró en todos los sentidos, no pudo divisar a ninguno de sus conocidos.

Un enorme mostrador, en el que se servían toda clase de bebidas, ocupaba casi todo un lado del local. En el centro de la pared opuesta a la entrada, había una puerta cubierta con unas cortinas azules.

—Vamos a ver qué hay al otro lado —propuso Víctor.

Sorteando máquinas y jugadores, Víctor y Kay cruzaron la nave y llegaron a la puerta de las cortinas azules. Una vez al otro lado de la misma, se encontraron en una sala de baile, en donde cincuenta parejas se contorsionaban epilépticamente al son de la última pieza de moda, interpretada por un quinteto de frenéticos melenudos.

También allí había un par de vigilantes, cuya labor se limitaba a observar a los danzantes. Víctor empezó a preguntarse si Bralton y sus compinches, espantados por lo ocurrido, habrían emprendido la

fuga.

Se equivocaba. Alguien tocó en su hombro de pronto.

Víctor volvió la cabeza. Miró al hombre y sonrió:

—Hola, «Cojo» —saludó afablemente.

Fabrick le miraba de muy mal talante, aunque se portaba con toda corrección.

—El jefe quiere verles —dijo.

—Menos mal. Empezaba a creer que se había largado de la ciudad.

—¿Por qué había de hacerlo? El no teme nada...

—Sí, claro, tiene la conciencia tan limpia como el armiño —dijo Kay sarcásticamente—. ¿Vamos, Víctor?

Fabrick se volvió y empezó a caminar, sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Al llegar al túnel que separaba la sala de baile de la de juegos, abrió una puertecita y se echó a un lado.

—Suban —dijo lacónicamente.

Había una escalera que conducía a un piso superior, con la iluminación justa para no tropezar. Momentos después, llegaban a un rellano en el que se veían algunas puertas.

«El Cojo» se acercó renqueando a una de ellas y tocó en la madera con los nudillos. La puerta se abrió casi en el acto, aparentemente sin intervención humana.

—Pasen —ordenó Fabrick.

Los dos jóvenes cruzaron el umbral, hallándose en una habitación de traza alargada, al final de la cual había un estrado de más de medio metro de altura.

Sobre el estrado, al que se accedía por una escalera de tres peldaños, había una mesa.

Bralton se hallaba tras la mesa. Víctor se preguntó por el objeto del estrado, pero no tardó en comprenderlo.

Había a ambos lados de la mesa dos grandes ventanales de vidrio. Sentado, Bralton podía vigilar así la mayor parte de los dos locales.

—Pasen y tomen asiento —invitó Bralton con fría cortesía.

—Frente a usted, con todo el aspecto de ser unos acusados, ¿no? —dijo Kay.

Bralton se levantó.

—Como verán, hay otros sillones y un diván —respondió—.

Siéntense donde mejor les acomoden. Fabrick, déjanos solos.

—Sí, jefe.

Kay se sentó en el diván, observando a Bralton, ocupado en llenar unas copas. Víctor se aproximó a uno de los ventanales.

—No he visto cristales desde abajo —observó.

—Pero sí unos espejos ligeramente inclinados, ¿no? —contestó el pandillero.

—Es cierto —confesó Víctor—. Son cristales de... de truco.

—Justamente. —Bralton le entregó una copa—. Permítame que les invite.

—No será para celebrar la paz —dijo Kay sarcásticamente, al recibir la suya.

—Desde luego que no —respondió el gángster tranquilamente—. Seguimos en guerra, y continuaremos así hasta que ustedes abandonen.

—Parece muy interesado en los dos millones de Amelia Crandall, ¿eh? —comentó Víctor.

—¿Ustedes no lo están? —preguntó Bralton.

—Por favor, no nos confunda —dijo Kay enérgicamente—. Nuestro modo de pensar sobre el asunto es diametralmente distinto.

—Claro, claro —sonrió Bralton—. Nosotras queremos esos dos millones de una forma digamos un poco ruda, en tanto que ustedes prefieren la vía del halago y también de la paciencia.

—¿Qué quiere decir usted? —inquirió Víctor.

Bralton se volvió hacia él.

—Sencillamente, que Amelia Crandall es ya muy vieja y que, lógicamente, no puede durar mucho. Si ustedes la salvan, ella, agradecida, les dará un buen puñado de dinero, aparte de lo que les deje en herencia.

—Olvida usted que Amelia tiene hecho un testamento desde hace más de dos años —manifestó Kay acaloradamente.

—El testador puede modificar su testamento cuando le apetezca —dijo Bralton, fríamente—. Ése no es ningún obstáculo, y el señor Ferguson, que es abogado, lo sabe mejor que ninguna de nosotros.

—También, como abogado, sé otras muchas cosas acerca de las leyes manifestó el aludido.

—¿Por ejemplo?

—Las severas penas que se imponen a quienes cometen u

ordenan cometer asesinatos.

—No pueden relacionarme con ninguno de ellos —declaró Bralton firmemente.

—¿Eran pistoleros «importados» los que mataron a Cotts y a Simmons? —preguntó Víctor.

Bralton parpadeó. Kay soltó una risita.

—Ha dado en el blanco —dijo.

—Le ha venido muy bien que los matase la policía —añadió Víctor—. Ni Hogan ni ninguno de sus gorilas intervinieron en esos crímenes, por lo que, aparentemente, no le pueden relacionar con ellos. ¿Es eso lo que cree que podrá salvarle?

—Y usted, ¿no lo cree así, abogado? —preguntó Bralton.

Víctor contempló especulativamente el fondo de su copa.

—Soy un hombre más joven que usted, poseo menos experiencia y mis medios son, también, mucho menores. A pesar de todo, no fanfarroneo cuando le digo que guardo un par de ases en la manga.

—Voy a tener que reírme y no siento ganas —masculló Bralton irritadamente.

—No se ría, no he pretendido hacerle gracia. Pero, aunque usted no lo crea así, está jugando con las peores cartas que podía haber recibido en esta partida.

—Ya —dijo Bralton sarcásticamente—, va a hablarme de la ley, de la justicia y de la moral, ¿no es así?

—Más o menos, pero también esas entidades inmateriales suelen recibir apoyo de otras menos inmateriales.

—¿Pistolas?

—¿Es que usted sólo cree que basta tener unos cuantos pistoleros a su disposición, para conseguir cuanto desee?

—Por ahora, así ha sido —confesó Bralton con acento lleno de fanfarronería.

—Oh, claro que sí —respondió Víctor—. Pero las pistolas no pueden estar empleándose de continuo. Un día u otro, se verá obligado a utilizar métodos distintos... y ahí es donde yo voy a derrotarle.

—¿Qué métodos piensa emplear, abogado?

Víctor sonrió.

—Estamos jugando una partida muy empeñada, Bralton. Comprenderá que no voy a enseñarle mis cartas.

Bralton guardó silencio unos momentos.

—Puedo hacerle dos proposiciones —dijo—, pero usted, y esa chica que le acompaña, habrán de elegir una sola de entre las dos.

—Bien, hable —invitó Víctor.

—La primera son diez mil dólares para cada uno. Ahora mismo, en efectivo, que no deja «huellas» en las cuentas bancarias.

—¿Y la segunda? —preguntó Kay.

Bralton despachó su copa antes de hablar de nuevo.

—La segunda... imagínesela —contestó torvamente.

—Nos asesinará —dijo Kay.

—¿«Importará» otros pistoleros? —quiso saber Víctor.

—Puedo hacerlo de cien maneras distintas, y no fanfarroneo en absoluto. Si aceptan la primera proposición, les daré los diez mil dólares a cada uno, con la condición de que abandonen la ciudad inmediatamente. Sólo por una semana, no les pido más.

—¿Y si contestamos que no?

—Bralton les miró fijamente.

—No llegarán vivos al día del juicio —aseguró.

Kay se puso en pie.

—Tengo un miedo espantoso —declaró francamente—, pero ni aun bajo esas amenazas, pienso ceder. Esto, por lo que a mí respecta —agregó—. El señor Ferguson le dará su propia respuesta..., la que él crea más conveniente para sus intereses.

—Mi respuesta es negativa —declaró Víctor.

Bralton les miró fijamente.

—Por mi parte, eso es todo —contestó.

Víctor agarró la mano de la chica.

—Vámonos, Kay —dijo—. Bralton, no olvide que tengo dos ases en la manga —advirtió, ya desde la puerta.

El gángster sonrió burlonamente.

—No le daré tiempo a utilizarlos —contestó.

«El Cojo» aguardaba al otro lado de la puerta y les miró con expresión hostil al salir del despacho.

—Lo siento por ustedes —dijo.

Furiosa, Kay le clavó el tacón de su zapato en uno de los pies. Fabrick dio un salto y emitió un chillido de dolor.

Víctor le empujó fuertemente, haciéndole caer cuan largo era dentro del despacho.

—Así caerá usted, Bralton, pero ya no se levantará —profetizó.

«El Cojo» se incorporó a los pocos segundos. Su cara era una máscara de rabia.

—¡Jefe! ¡Tenemos que quitamos de en medio a esa pareja de entrometidos! —chilló.

Bralton asintió pensativamente.

—Sí, pero no ahora, sino en el momento y lugar que me resulte más conveniente —respondió.

—Mi opinión es que cuanto antes lo hagamos, será mejor, jefe —dijo Fabrick hoscamente.

—¿Lo harías tú? —preguntó Bralton de pronto.

—Hombre, jefe... —«El Cojo» vaciló visiblemente. Luego, decidiéndose, exclamó—: Si usted me lo ordena, desde luego.

Bralton no dejó de captar las vacilaciones de su compinche, lo cual le preocupó en cierto modo. «El Cojo» podía fallarle en el momento menos oportuno, se dijo. Convendría tenerlo en cuenta.

—Pero aquí, todo el mundo sabe que trabajas para mí —alegó—. ¿Qué sucedería si te echasen el guante? Los tres tipos que «importé» de Nueva York han sido liquidados por la policía, lo cual representa una ventaja para mí. Nadie puede relacionarlos conmigo, cosa que no pasaría si tú te metieses en un lío gordo, ¿comprendes...?

Fabrick asintió con la cabeza.

—Eso es cierto, pero de todas formas, o nos quitamos de en medio al abogado o perderemos un montón de dinero —contestó.

—No perderemos ese dinero —aseguró Bralton fríamente—. Y en cuanto al abogado y la chica, déjame pensar; ya encontré un medio de liquidarlos sin comprometerlos en absoluto.

De pronto, se quedó sumamente pensativo. Fabrick le observaba con gran atención, en silencio.

—¿Qué ases serán los que guarda en la manga? —exclamó Bralton al cabo de unos momentos, como si hablase consigo mismo.

Miró a Fabrick. Éste hizo un gesto con las manos y se encogió de hombros. No habló, pero su expresión era harto significativa: sabía tanto como él.

## CAPÍTULO XII

Víctor y Kay atravesaron el gran salón, sin ser molestados por nadie. Una vez en la calle, ella dijo:

—Tenía usted razón: aquí no podían hacer nada.

—Lo cual no significa que Bralton no esté dispuesto a darnos la batalla con todo encono —respondió él—. Me pregunto —agregó—, aparte del dinero en sí, ¿qué otro interés puede tener en este asunto?

—Eso es lo que yo tampoco comprendo —dijo Kay—. Aunque los Davies y Abbie Crandall podrían decirnos algo al respecto. ¿Por qué no vamos a visitarles? —sugirió de pronto.

Víctor denegó con la cabeza.

—Prefiero esperar a conocer la respuesta del doctor Palmer —contestó—. Cuando sepa la decisión final que ha tomado, entonces veré si nos conviene o no hablar con el matrimonio Davies y Abbie Crandall.

—Muy bien, usted es el que dirige las operaciones. ¿Qué hacemos ahora?

—Si no tiene miedo a que padezca su reputación, preferiría que pasara la noche en mi apartamento. De este modo, se hallará mucho más segura.

—Muy bien, no se hable más; iremos a su casa —aceptó Kay sin remilgos.

Poco después, se hallaban a bordo de un taxi. Charlaron de temas relacionados con el asunto que les ocupa, hasta que Kay, de pronto, sacó a colación el lugar donde podía estar escondida Amelia Crandall.

—La clínica de Palmer, por supuesto —declaró Víctor.

—¿Está seguro?

—Hombre, tanto como eso... Pero es el sitio más lógico, ¿no le parece?

—Aparentemente, sí, aunque bien pudiera hallarse en otro escondite.

—¿Cuál? —preguntó Víctor.

—No se me ocurre ninguno, aunque lo más probable es que no esté en la clínica —respondió la muchacha.

—¡Y dale! ¿Por qué no ha de estar allí?

—¿Se ha fijado en que no hemos visto a dos de los gorilas de Bralton? ¡Faltaban Hogan y Pete, «El Colilla»!

Víctor se reclinó en el asiento con gesto preocupado.

—Es verdad —convino—. ¿Dónde estarán?

Cuando llegaron a su casa, ninguno de los dos había sabido hallar una respuesta adecuada para aquel interrogante.

Kay apreció el piso con aire crítico.

—No está mal, pero sólo cuando se piensa que lo habita un soltero —dijo.

—¿Cree que un hombre casado no podría vivir aquí? —preguntó él, un tanto picado en su amor propio.

—Oh, claro que sí... si estuviese separado de su mujer —repuso Kay maliciosamente.

—Cuando encuentre una esposa, seguiré su consejo y buscaré un piso mejor —manifestó Víctor—. Tengo algunas botellas. ¿O prefiere café?

—Café y basta —aceptó Kay.

Víctor fue a la cocinita del piso y colocó la cafetera sobre el fuego. Estaba retirándola, cuando sonó el teléfono.

Oyó la voz de Kay que contestaba primero y luego le llamaba:

—¡Es para usted, Víctor!

—¡Voy ahora mismo! —respondió el joven.

Abandonó la cocina y llegó a la sala. Kay tapaba el micrófono con la mano.

—Es Palmer —murmuró.

—Uno de mis ases en la manga —sonrió él. Tomó el aparato y elevó la voz—. Habla Ferguson.

—Palmer —le contestaron—. Escuche, he estado reflexionando sobre su proposición.

—Sí —contestó el joven brevemente.

—De verdad le digo, aunque corro el riesgo de que no me crea, que no sé dónde está Amelia Crandall...

—¡Hombre! —Se enojó Víctor—. ¿Y sólo para decirme eso me ha llamado?

—Espere un momento —rogó el siquiatra—. He estado reflexionando mucho, Ferguson. Se han producido demasiadas muertes. Cuando me lo propusieron los parientes de Amelia, yo no creí que se iba a llegar a tales extremos.

—Ya. Siga —pidió el joven brevemente.

—Bien, ellos me prometieron una sustanciosa indemnización, aparte de cancelar la hipoteca.

—¿Y se fió de sus promesas?

—En cierto modo, ellos se fiaban también de mí. Si yo declaraba que Amelia está sana mentalmente, perderían todo.

—Comprendo. Bueno, ¿y qué más?

—Repito que no sé dónde está Amelia. Ahora bien, si le ayudo a encontrarla, ¿me promete interceder en mi favor?

—¿Cuáles son sus condiciones, Palmer?

—Usted me las puso en nuestra última entrevista. No pido más —respondió el galeno—. A fin de cuentas, es preferible eso a verse implicado en una serie de asesinatos que...

—Espere un momento; no puedo decidir por mí mismo. No cuelgue, por favor.

Víctor se apartó el teléfono y cubrió el micrófono con la mano. Acto seguido, explicó a la muchacha brevemente la petición de Palmer.

Kay asintió inmediatamente.

—Dígale que sí —contestó—. Estoy segura de que, una vez que sepa todo, Amelia, una vez libre, accederá a financiar en el Banco la prórroga de la hipoteca.

—Muy bien. —Víctor volvió a acercarse el teléfono a la cara—. De acuerdo, Palmer; lo haremos así... si su ayuda es convincente.

—Gracias —contestó el médico—. La verdad, este maldito asunto, empezaba a pesarme ya más de lo conveniente. Sobre todo, la muerte de Hannah me ha afectado muchísimo...

—¿Sabe usted quién fue? —preguntó Víctor.

—Tuvo que ser Frank Simmons, no creo que haya sido otro.

—Bien, éste es ahora un asunto secundario. Los dos están

mueritos y no podemos hacer nada por ellos. Ahora, ayúdeme a encontrar a Amelia.

—Se la llevaron los Davies y la otra sobrina. Es todo lo que sé; ellos no me dijeron a dónde pensaban esconderla.

—¿Aceptó Amelia? —preguntó Víctor, suciamente extrañado.

Hubo una pausa de silencio. Víctor creyó que Palmer había interrumpido la comunicación.

—¡Palmer! —llamó.

—Estaba inconsciente cuando salió de la clínica. —Claramente se notaba en el acento de Palmer la vergüenza que le poseía.

—Una inyección sedante, ¿eh?

—Sí. Lo siento...

—Bien —cortó Víctor—. Un trato es un trato y lo cumpliremos, siempre que la vida de Amelia Crandall sea respetada.

—En cuanto a eso, no hay la menor duda. Si ella muere, se quedan sin un centavo.

—Desde luego. Por su propio bien, espero que no le causen el menor daño —dijo Víctor, dando con estas últimas palabras par terminada la conversación.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Kay.

—Amelia está en poder de los Davies —manifestó—. Voy a traer el café.

Fue a la cocina y regresó unos momentos más tarde, con una bandeja en las manos.

—Serviré yo, gracias —dijo Kay.

Tomaron el café en silencio. Al cabo, fue Víctor el que habló en primer lugar.

—¿Cree que tendrán a Amelia en su casa, Kay?

—Saldremos de dudas mañana, Víctor —respondió ella.

—Eso significa que vamos a visitar a los Davies, ¿no es cierto?

—Sí. Me gustaría meterles el miedo en el cuerpo, para que la soltasen antes de que sea demasiado tarde.

Víctor meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Después de lo ocurrido —contestó—, dudo mucho que unas simples palabras les hagan ver de distinta manera las cosas a como las han visto hasta ahora. Pero tampoco podemos estarnos parados, mano sobre mano, ignorando el paradero de Amelia y algo tenemos que hacer para encontrarla —concluyó.

Una mujer de unos cuarenta años, de talla ya grueso, mirada dura y expresión recelosa, abrió la puerta a la que había llamado Víctor a la mañana siguiente. Estaba sin arreglar y su aspecto era todo menos atractivo.

—¿Qué desean? —preguntó desabridamente.

—¿Señora Davies? —preguntó Víctor.

—Sí, yo misma, pero no compro nada a los vendedores ambulantes.

—Nosotros vendemos viejas con dinero para secuestrarlas —contestó Víctor, sin inmutarse por el tono áspero de Ina Davies.

La mujer palideció en el acto. Intentó cerrar la puerta, pero Víctor, rápidamente, metió el pie y bloqueó la acción.

—No intente eludimos, señora —dijo el joven, a través de la ranura—. Y si insiste en cerrarnos, la señorita Lanning, aquí presente, irá en busca de la policía, mientras yo me quedo guardando la puerta.

La presión sobre la puerta cedió bruscamente. Ina abrió y miró a la chica con ojos llameantes.

—¡Esa maldita entrometida! —dijo, babeando de rabia.

—Acepto el calificativo, porque usted se merece otros muchos peores —respondió Kay, sin inmutarse—. ¿Podemos pasar?

—¿Quién es este hombre? —preguntó Ina.

—Víctor Ferguson, abogado de la señorita Crandall.

—¡Mi tía Amelia no necesita de los servicios de ningún picapleitos! ¡Ya tiene bastante con Callaghan!

Víctor cruzó el umbral y cerró la puerta a sus espaldas.

—Por favor, señora, no grite tanto —aconsejó cortésmente—. Los vecinos se van a enterar de todo lo que se habla aquí, y a ustedes les conviene la discreción, ¿no es cierto?

Ina le dirigió una furiosa mirada.

—¡Está bien! —contestó—. ¿Qué es lo que quieren?

Víctor paseó la mirada en torno suyo.

El piso era grande y bien decorado, pero se notaba desorden y falta de limpieza. Evidentemente, Ina Davies no era mujer de grandes virtudes domésticas.

El mismo aspecto desastrado que presentaba, con restos del

maquillaje de la víspera en la cara ya ajada y las greñas que le caían a ambos lados del rostro, eran otra prueba que corroboraba las afirmaciones de suposiciones del joven.

—Soy el abogado de la señorita Crandall —manifestó al cabo—. Tenemos informes de que ustedes se la llevaron en el día de ayer, con paradero desconocido. Antes de que intervenga la policía, queremos que nos diga, dónde está. Eso es todo, señora Davies.

Ina dudó un momento. De pronto, se oyó una voz; masculina en el interior del piso.

—¡Ina! ¿Dónde estás? ¿Con quién hablas?

La mujer vaciló. Entonces, se abrió una puerta y un hombre penetró en la estancia.

—Le presento a Malcolm Davies, Víctor —dijo Kay.

Davies se quedó mirando a la pareja de hito en hito. Era un hombre próximo a la cincuentena, casi calvo, con los pelos lacios caídos hacia la nuca y vestido con una bata llena de manchas de grasa, a través de la cual se veía el cuello de un pijama de horrible colorido.

—A ella la conozco, Ina —dijo Davies con voz chirriante—. ¿Quién es el fulano que la acompaña?

Víctor sonrió. Permaneció en silencio, prefiriendo que fuese la propia Ina quien le presentase.

Ina hizo un esfuerzo y dijo:

—Víctor Ferguson, abogado de tía Amelia, Malcolm.

—¿Abogado de tía Amelia? ¿Y para qué diablos necesita ella otro abogado, además de Callaghan?

—Sencillamente, para evitar que sea declarada demente, hallándose en plena normalidad síquica —contestó Víctor afablemente.

—¡Está loca de remate! —barbotó Davies.

—Las opiniones discrepan —dijo Víctor, sin inmutarse—. En todo caso, como defensor de la señorita Crandall, tengo pleno derecho a llevarla ante un siquiatra de nuestra entera confianza, a cuyo veredicto nos atendremos escrupulosamente, tanto si es favorable como en caso contrario.

—No pienso decirle dónde está mi tía...

—La tía de su mujer —corrigió Kay con acento amable.

—Es lo mismo —farfulló Davies—. En el momento oportuno, el

doctor Palmer presentará su informe ante el tribunal, eso es todo.

Víctor suspiró.

—Se ve que están muy poco enterados de los procedimientos legales —contestó—. Ustedes pueden hacer todo eso que dicen, pero no habrá juez que dicte sentencia, ni siquiera que acceda a ver el caso, sin antes poseer el informe del siquiatra de la parte demandada, esto es, de la señorita Crandall.

»Luego saldrán muchas cosas a relucir: sus relaciones con un tal Bralton, las muertes de Hannah Stone, de Frank Simmons, no olvidemos tampoco el asesinato de Hally Cotts. ¿Green que es un asunto que puede ventilarse con tanta facilidad como si se tratase de comprar un kilo de carne en la tienda de la esquina?

El matrimonio Davies calló. Ambos se veían desconcertados, incapaces de reaccionar por el momento, pero aferrados obstinadamente a su primitiva idea.

Por fin, Davies, sobreponiéndose a sí mismo, habló:

—Todo eso tendrá una solución: el día del juicio.

—Muy bien, pero antes de que se celebre, presentaré una demanda de demora, por falta de requisitos —contestó el joven.

—¿Qué requisitos? —preguntó Ina Davies.

—Ya lo han oído: el examen del siquiatra de Amelia Crandall.

—El siquiatra de nuestra tía es el doctor Palmer —dijo Davies, con acento triunfal, como si recordase de pronto una cosa olvidada—. ¿Es que no saben que cuando le propusimos internarse en la clínica de Palmer, ella fue la primera en aceptarlo?

Víctor torció el gesto.

Pero no porque se considerase derrotado. Simplemente, no había querido inmiscuir a Palmer en aquella conversación.

El siquiatra había accedido a colaborar con ellos. Víctor había preferido callar, por no comprometerlo, pero ya no tenía objeto su silencio.

—Lamento tener que darles una mala noticia —dijo—. El doctor Palmer, en el momento del juicio, atestiguará que la señorita Crandall está mentalmente sana y no padece dolencia síquica alguna que la impida continuar en el disfrute de sus bienes.

## CAPÍTULO XIII

Al oír aquellas palabras, Malcom e Ina Davies parecieron quedar anonadados. Víctor creyó hallarse ya a dos pasos de la victoria total.

El más afectado parecía Malcolm Davies. Víctor le estudió un momento y vio a un hombre amargado y resentido de su fracaso en la vida, un sujeto incapaz de elevarse sobre los demás por su propio esfuerzo y achacando sus fracasos a otros, en lugar de admitir su propia inutilidad. La fortuna de Amelia Crandall había sido su última esperanza y ahora se le disipaba como la neblina después del amanecer.

Davies miró a su esposa, como pidiéndole consejo. Ina reaccionó con más rapidez de la que esperaban ambos jóvenes.

—¡No les digas dónde está! —gritó—. Todo esto es un truco, una sucia mentira... Palmer hará lo que nosotros queramos; le conviene o se irá a la ruina...

Víctor sonrió, sin asombrarse demasiado por la explosión de furia de Ina.

—Están en un error —dijo—, pero si persisten en él, no trataré de convencerles de lo contrario. A fin de cuentas, ya tienen edad para juzgar por sí mismos.

Malcolm e Ina le contemplaban con fijeza.

—Sin embargo, les haré una advertencia —siguió Víctor—. Ustedes llamaron a Bralton para que les solucionara este asunto. Imagino que lo hicieron de acuerdo todos los sobrinos de Amelia y tras un detenido estudio de la forma en que se había de llevar a cabo el plan indicado.

»Bralton, presumo, les pareció el hombre más adecuado para ejecutar sus deseos. También debían contar con Palmer, pero esto

creo que resultó más sencillo todavía, dada su situación económica.

»Pero calcularon mal, aunque sigan creyendo que su plan es bueno. Bralton, de salirles bien las cosas, les dejará que metan mano en el dinero de Amelia. Luego intervendrá él.

»Es un hombre lo suficientemente astuto para haberse quedado con pruebas de esta conspiración. No se contentará con los pocos miles de dólares que le han dado o prometido para cuando tengan en su poder la fortuna de Amelia. Luego, lenta e incansablemente, les someterá a chantaje, les extorsionará incesantemente, sin ceder un ápice, hasta que se queden sin un solo centavo. ¿Qué habrán ganado entonces con ello?

Hubo un momento de silencio. Los dos esposos se contemplaron mutuamente.

—No se les había ocurrido pensar en una cosa semejante, ¿verdad? —dijo Víctor—. Bien, ya tienen ahora trabajo... mental, y espero que tomen una decisión análoga a la del doctor Palmer, quien, lo crean o no, ha decidido colaborar con nosotros. Él no sabe dónde está la señorita Crandall, pero nos indicó que ustedes la habían sacado de la clínica, anestesiada convenientemente, por supuesto. ¿Estaríamos aquí si Palmer no nos lo hubiera dicho? ¿Conoceríamos el detalle de la inyección sedante si Palmer hubiese permanecido callado?

—Será mejor que se vayan —indicó Davies roncamente.

—Por supuesto —accedió Víctor—. Ya no tenemos nada que hablar. Ustedes lo han de hacer todo. ¡Vámonos, Kay!

—¡Un momento! —exclamó la muchacha.

Víctor volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre, Kay? —preguntó.

—Aquí falta una persona —respondió ella—. ¿Dónde está Abbie? —Se dirigió a la pareja.

—Eso no le importa a usted —respondió Davies en tono hosco.

—Muy bien, ahora mismo vamos a verlo —dijo la muchacha.

Y con actitud resuelta, dio un paso hacia adelante.

Davies se colocó frente a ella. Kay dijo:

—¡Apártese!

—¡No quiero! ¡Estoy en mi casa y usted no puede...!

Kay alzó la mano y le asestó un tremendo bofetón que le hizo vacilar un tanto. Luego, le pegó un fuerte empujón y lo lanzó sobre

una silla próxima, sin que Ina, aturdida, se atreviese a intervenir.

Davies se levantó en el acto y quiso lanzarse tras la muchacha. Víctor le alcanzó y le sujetó por un brazo.

—Quieto —dijo.

Davies se revolvió furiosamente e intentó golpear al joven. Más ágil, Víctor esquivó con toda facilidad y luego disparó su puño hacia el blanco abdomen de Davies.

El hombre se sentó en el suelo sin aliento. Víctor se volvió hacia Ina.

—Lo siento, señora Davies —dijo—. Se han metido ustedes en un mal aprieto. Hay varios crímenes...

—¡Frank era el asesino! —chilló ella.

—Es posible, aunque resulta fácil echar las culpas a un muerto. De todas formas, tengan en cuenta que Bralton es un sujeto que siente escaso aprecio por las vidas ajenas. Hablando en metáfora, están cabalgando sobre un tigre, del cual no se atreven o no pueden apearse.

Kay salió en aquel instante. Estaba desconcertada.

—¡Víctor, no hay nadie más en la casa! —exclamó.

—Entonces, lo mejor será que nos vayamos —propuso él, agarrándola por un brazo.

Se dirigieron hacia la salida. Desde la puerta, Víctor se volvió y contempló a los dos esposos.

—Les doy veinticuatro horas de plazo para que lleven a la señorita Crandall a mi bufete. Pasado ese tiempo, es decir, si mañana a estas horas no han venido a traérmela, les denunciaré a la policía por secuestro.

Salieron de la casa. En la calle, Kay se detuvo y miró al joven con expresión intrigada.

—Víctor, ¿dónde pueden tener escondida a Amelia?

—No lo sé, pero hay una cosa fuera de duda: Abbie Crandall falta de la casa de sus hermanos, porque está cuidándola.

—¡Claro! —exclamó Kay, chasqueando los dedos—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Por eso Davies no quería que registrase el resto de la casa.

—No quería que conociésemos la ausencia de Abbie.

—Justamente. —Kay se mordió los labios—. ¿Dónde estará?

Víctor llamó a un taxi que pasaba en aquel momento. Una vez

dentro del vehículo, le dio la dirección de su despacho.

Durante todo el trayecto, permanecieron silenciosos, sumidos ambos en sus respectivos pensamientos. Luego, al llegar al despacho, ocuparon dos sillones distintos y continuaron con sus silenciosas reflexiones.

Al cabo de un rato, Víctor dijo:

—¿Si al menos supiéramos dónde están los documentos que escondió Amelia!

—¿Para qué, Víctor? —preguntó ella.

—Bueno, podríamos forzar a los Davies a que cediesen y nos dijeran dónde han escondido a Amelia. Cotts lo sabía..., ¿por qué razón había de saberlo?

—Era el amanuense principal de Callaghan y el que, de modo personal, llevaba los asuntos de Amelia —respondió Kay—. Callaghan se limitaba a firmar solamente cuando era necesaria su firma.

—Entonces, resulta lógico que conociera el escondite de los documentos, pero eso significa que Amelia recelaba que le iba a ocurrir algo.

—Yo creo que sí, puesto que no opuso la menor resistencia a ingresar en la clínica. Creía que estaba salvaguardada por esos documentos. Pero, oiga, Víctor, hora recuerdo, ningún cuadro de los que hay en la casa está pintado por un holandés.

Víctor la miró con cara de sorpresa.

—¿Está segura? —preguntó.

—Nunca le oí mencionar nada al respecto a Amelia, y es una mujer bastante entendida en pintura. Los cuadros son buenos, desde luego, pero no para que constituyan lo que se llama un tesoro artístico.

El joven se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación.

—No estoy equivocado —dijo—. Cotts mencionó la palabra «cuadro» y añadió «holandés Vol...».

—Bien, en último caso, podemos mirar cuadro por cuadro. No le sugerí antes la idea, por temor a estropear alguna de las telas, pero me temo que no vamos a tener otro remedio que intentarlo. La vida de Amelia vale más que cualquier cuadro, Víctor.

—Eso es cierto. —Víctor continuaba paseándose—. Un holandés llamado Volster... Vollander... Volmark.

—Ninguno de esos nombres me suena y ningún cuadro es de la escuela holandesa —dijo Kay.

Víctor continuaba con sus especulaciones.

—Holandés Vol... Vol...

—Volante —rió Kay.

Víctor se volvió hacia ella y la miró muy seriamente.

—Volante, no; Volador, sí. «El Holandés Volador». ¡El cuadro con el velero, Kay! —gritó de pronto.

—¡Es cierto! —exclamó ella, poniéndose en pie de un salto—. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes?

—El buque de aquel capitán que blasfemó de Dios, y que según la leyenda está condenado eternamente a intentar doblar el Cabo de Hornos, sin conseguirlo, se llamaba «El Holandés Volador». ¿Lo recuerda ahora?

Kay agarró el bolso y se encaminó hacia la puerta.

—No perdamos tiempo, Víctor —dijo, por encima del hombro.

Media hora más tarde, se hallaban en el interior de la casa de Amelia Crandall. Víctor descolgó el cuadro y lo colocó boca abajo sobre una mesa.

Había un gran sobre pegado al reverso de la tela. El tamaño desusado del sobre se debía a la necesidad de contener los documentos sin plegar, a fin de evitar un bulto revelador.

Víctor arrancó las tiras de papel engomado que sujetaban el sobre y lo rasgó por uno de sus lados sin más dilación. Una docena de papeles con sellos oficiales apareció al momento ante sus ojos.

—Voy a examinarlos —dijo, y buscó un sillón en donde hacer la labor con toda comodidad.

Kay apoyó los codos en el respaldo del sillón y miró por encima de la cabeza del joven. Víctor empezó a repasar los documentos, referidos todos ellos a hipotecas y títulos de propiedad de diversos edificios.

Uno de los títulos de propiedad, sujeto también a hipoteca, era el de una cabaña situada en determinado paraje de la montaña llamada Wind Hill.

—Así que la cabaña de Wind Hill pertenece a los Davies —dijo él, una vez terminada la lectura del documento.

—Cuando paguen la hipoteca, si Amelia quiere continuar avalándoles —dijo Kay.

—En caso contrario, al cesar su garantía fiduciaria, el Banco reclamaría el pago de la hipoteca. Como no están en situación de hacerlo, les embargarían la cabaña y se quedarían sin ella.

—Exactamente, Víctor.

El joven meneó la cabeza.

—Una lástima —murmuró.

—¿Por qué? A mí no me inspiran compasión alguna —contestó la muchacha.

—No, si no me refería a los Davies. Simplemente, quería decir que para cualquiera resultaría desagradable tener una propiedad semejante y quedarse sin ella. El paraje es estupendo para vacaciones y fines de semana, Kay.

Ella guardó silencio un momento. Víctor se extrañó y volvió la cabeza en parte.

—¿Por qué calla, Kay?

Los ojos de la chica brillaban de un modo extraño.

—La cabaña es un sitio magnífico para fines de semana, para vacaciones, ¡y también para tener allí escondida a una persona, Víctor!

Al oír aquellas palabras, Víctor se puso en pie de un salto. Kay le agarró de la mano y tiró de él hacia la puerta.

—¡Vamos, Víctor! —gritó excitadamente—. Tenemos que darnos prisa en llegar antes de que sea demasiado tarde.

Víctor refrenó los impulsos de la muchacha.

—¡Calma! —aconsejó—. No hagamos las cosas alocadamente. La vida de Amelia está segura, pero no podemos decir lo mismo de las nuestras.

—Pero...

—Si saliésemos ahora, negaríamos de día y nos verían en el acto. Sospecho que Abbie Crandall no está sola con Amelia, sino que la acompañan dos tipos llamados Elmo Hogan y Pete Deemas. ¡Esos dos tienen armas y no vacilarán en usarlas contra nosotros si es necesario!

—Entonces, ¿cuándo iremos? —preguntó Kay.

—Llegaremos al amanecer. Es la hora clásica para sorprender a los centinelas con probabilidades de éxito.

## CAPÍTULO XIV

El coche había quedado muy abajo, fuera del camino, prudentemente escondido al otro lado de unos arbustos. Víctor y Kay cubrieron el resto a pie, en la oscuridad, sin apresurarse demasiado, a fin de llegar antes de que fuese totalmente de día.

Esperaron al borde del claro, hasta que hubo bastante luz, aunque no excesiva.

—Están muy seguros de sí mismos —cuchicheó Kay—. Esta vez no tienen un centinela afuera.

—Seguramente, no creen que hayamos sido capaces de adivinar el escondite de Amelia —contestó él—. Bueno, vamos a ver si los sorprendemos.

Víctor se había armado de una gruesa rama de árbol, de casi un metro de longitud, a la que previamente había despojado de las ramas más pequeñas, con la ayuda de un cortaplumas. Así disponía de un buen garrote, con el que pensaba iniciar la ofensiva, hasta hallarse en posesión de un arma de fuego.

De repente, se oyó el ruido de un motor de automóvil. Unos faros centellearon en el camino, disipando la penumbra del amanecer.

Víctor agarró la mano de Kay y tiró de ella. Los dos se escondieron tras unos arbustos situados al borde del claro.

El coche remontó la cuesta, salió a la explanada y me detuvo frente a la cabaña. Kay lloraba de rabia.

—Por unos pocos segundos —se lamentó.

Cuatro personas se apearon del coche. Eran Bralton, Fabrick y el matrimonio Davies.

—Fabrick, quédate afuera y vigila —ordenó Bralton.

—Bien, jefe.

El gángster y sus dos acompañantes entraron en la cabaña. Víctor empezó a sopesar las posibilidades de acercamiento al vigilante.

—Kay, sígame y no haga ruido —dijo.

Ella obedeció. Los dos se deslizaron calladamente por el interior del bosque, hasta hallarse frente a la esquina occidental de la cabaña.

Atisbando a través de unos arbustos, vieron a «El Cojo» reclinado indolentemente sobre el motor del coche. Víctor dio unos pasos más en sentido lateral y luego corrió hasta situarse junto a la pared de la cabaña.

Fabrick no parecía haberse dado cuenta de nada. Desde su escondite, Kay pudo presenciar la escena con toda comodidad.

Víctor se agachó, recogió una piedra y la tiró al alto, aunque sin dejar que saliera fuera de la pared. «El Cojo» se irguió enseguida al oír el ruido.

Lo primero que hizo fue sacar la pistola. Luego, con paso cauteloso, se acercó a la esquina.

Kay estaba ya instruida por Víctor. Cuando vio que «El Cojo» llegaba a la esquina, se puso en pie y le sacó la lengua.

—¡Buuu...! —se burló del pandillero.

Fabrick dio dos pasos hacia ella. Inmediatamente, algo duro y contundente se abatió sobre su cráneo.

Víctor alargó las manos y recogió al pandillero, antes de que tocara el suelo. Kay abandonaba ya su escondite.

—¡Bravo! —alabó en voz baja.

Víctor se apoderó de la pistola. Era una «Colt» automática, calibre 45. Conocía su funcionamiento.

Kay recogió el garrote. Pensó que podría usarlo en caso necesario.

Los dos se acercaron sigilosamente a la puerta. Víctor aplicó el oído a la madera.

Se oía adentro un rumor de voces. Arriesgándose a todo, Víctor entreabrió la puerta ligeramente. Las voces se hicieron más nítidas.

—Esto es lo que tiene usted que firmar, señorita Crandall —decía Bralton en aquellos instantes—. Sólo un par de firmas y quedará libre de ir adonde mejor le plazca.

—¿Puede decirme de qué se trata? —preguntó Amelia.

—Por supuesto —contestó Bralton amablemente—. Es la transmisión de poderes a favor de mi abogado, al cual, desde este momento, le autoriza para administrar sus bienes como mejor le parezca. Naturalmente —añadió el gángster, sonriendo torvamente—, yo indicaré a mi abogado la forma en que ha de administrar su fortuna. Y, para que no haya la menor duda, sus queridísimos sobrinos firmarán como testigos imparciales, en conformidad y aquiescencia a cuanto se indica en el documento.

Amelia se volvió hacia sus tres sobrinos.

—¿Vosotros lo queréis así?

Malcolm Davies parecía nerviosísimo.

—Sí, tía —contestó.

—Hablemos claro, señorita Crandall —dijo Bralton—. Ellos firmarán porque no les queda otro remedio que hacerlo. Usted no les aprecia demasiado, aunque sí Jo suficiente para evitar que les causemos ningún daño. ¡Y si no firma ahora, los iré matando sucesivamente hasta el que superviviente termine por acceder!

Se oyó un agudo sollozo.

—Firma, tía por lo que más quieras —pidió Ina Davies, derrotada.

Víctor comprendió la astuta estrategia del gángster. Si Amelia firmaba, contaría con un documento legalmente irrevocable.

Luego, calculó, obligaría a la anciana a modificar su testamento en favor de sus sobrinos. Los Davies y Abbie Crandall estaban literalmente en manos del gángster y cederían a todos sus propósitos.

No podían apearse del tigre en que habían montado, sencillamente, fue la conclusión a que llegó el joven.

Otra voz de mujer se unió a la de Ina.

—Por favor, tía... —Era Abbie Crandall.

—¡Estúpidos! —les apostrofó la anciana—. Apuesto a que todo esto fue idea de Frank, ¿no es cierto? Él os engatusó a todos y ahora está muerto.

—Señora —rezongó Bralton de mal humor—, déjese de comentarios y firme. Podrá volver a su casa y, créame, no le faltará nunca un dólar para comida.

Amelia demostró ser una mujer de temple y no se dejó intimidar por la actitud del forajido.

—Ahora, firmaré —dijo—. Pero en cuanto esté libre, impugnaré legalmente este traspaso de poderes.

—¡Nos matarán! —dijo Davies, aterrado.

—No se atreverán —contestó la anciana—. Yo no puedo ya vivir mucho y, o mucho me engaño, o luego querrán que modifique mi testamento en favor vuestro. Entonces, os apretarán las clavijas a vosotros y...

—¡Señorita Crandall! —dijo Bralton—. Si dentro de treinta segundos no ha firmado, uno de sus sobrinos, no importa cuál, morirá. Aún quedarán dos para que haga testamento en favor de ellos.

Las previsiones de Víctor se cumplían. Kay le tocó en el costado con la mano, impulsándole a actuar.

Era hora de intervenir, se dijo. Abrió la puerta de golpe e irrumpió en la cabaña.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva!

La sorpresa fue enorme. Amelia lanzó un alegre grito al reconocer a la muchacha.

—¡Kay!

—¡Señorita Crandall!

Alguien se movió de pronto. Hogan intentaba sacar su pistola.

Víctor disparó. El pandillero cayó aullando, con el hombro derecho perforado.

Bralton respingó. Pete «El Colilla», puso las manos en alto.

—Bien —dijo Víctor, satisfecho—. Esto se ha acabado. Bralton, las muertes que ordenó, le van a costar muy caras.

—No podrán probarme nada...

—Tengo aquí a unos cuantos testigos que declararán en contra suya en el proceso que se les va a seguir por secuestro —sonrió Víctor—. El señor y la señora Davies, y la señorita Abbie Crandall, por la cuenta que les tiene, atestiguarán que usted y sus pandilleros secuestraron a su tía. Lo demás irá saliendo en el transcurso del juicio, ¡y son varias muertes las que pesare sobre su conciencia, Bralton...!

Hubo un momento de silencio. De pronto, se oyó el poderoso trueno de una voz que hablaba a través de un megáfono.

—¡Atención a todos! ¡La cabaña está rodeada por la policía! ¡Salgan con las manos en alto y no intenten resistir o abriremos

fuego!

Al oír aquella voz, Bralton pareció enloquecer. Agachó la cabeza y se lanzó furiosamente hacia la puerta.

Kay intentó detenerle, pero resultó derribada y cayó, perneando aparatosamente. Víctor se agachó para ayudarla, mientras Bralton, cegado por el pánico, intentaba escapar.

—¡Alto! ¡Párese! —gritó el del megáfono.

Bralton sacó una pistola. Dos policías abrieron fuego inmediatamente.

El gángster corrió todavía unos pasos. Luego abrió los brazos y cayó de cara, quedándose completamente inmóvil.

Víctor soltó su pistola en el acto y quedó arrodillado como estaba. Kay se había sentado en el suelo.

Los policías empezaron a salir al claro. Víctor se dispuso a enfrentarse con el jefe de la fuerza.

La voz de Amelia Crandall sonó repentinamente.

—Kay, ¿eres tú quien tuvo la idea de traer a ese joven? —preguntó.

—Sí, señorita Crandall.

—Pues no se puede decir que haya sido una idea de las malas —declaró la anciana, con una risita maliciosa.

Víctor y Kay se miraron y sonrieron. El la guiñó un ojo y Kay correspondió de la misma manera.

\* \* \*

Kay salió a abrir la puerta cuando oyó llamar al timbre. Sus ojos se iluminaron al ver la silueta del joven abogado bajo el dintel.

—Pase, Víctor —invitó.

—¿Cómo está la señorita Crandall? —preguntó él.

—Estupendamente. Dice que nunca se había divertido tanto como en esta ocasión.

—Me lo imagino. Para ella ha representado salir de su existencia rutinaria, a la cual debe volver de nuevo.

—Sí, de eso se queja ahora —convino Kay—. Venga conmigo, por favor.

La anciana estaba sentada en un sillón, haciendo punto con unas agujas. Al ver a Víctor, le sonrió alegremente.

—¿Cómo estás, muchacho? ¿Qué noticias nos traes?

—Hogan y los otros han declarado cuanto sabían —respondió Víctor—. Saldrán relativamente bien librados, ya que, a fin de cuentas, ellos no intervinieron directamente en los crímenes cometidos. A pesar de todo, queda la acusación de secuestro y esto les va a costar una buena temporada de cárcel.

—Sí —convino Amelia pensativamente—, en realidad, todo fue urdido por Frank. Era el más astuto de todos, pero paradójicamente, fue el peor librado, con los Sprague, que nunca se sintieron demasiado inclinados a tomar parte en la conspiración.

—Pero él los convenció —dijo Víctor—. Antes de venirse a vivir con usted, había conocido a Bralton y sabía que podía contar con el bandido. Merced a sus conocimientos, pudo hacer que asesinasen a Cotts, aunque luego él, personalmente, apuñaló a Hannah Stone.

»Hannah iba a arrepentirse de haber tomado parte en la conspiración, lo mismo que hizo luego el doctor Palmer. Simmons la conocía demasiado bien y no toleraba traiciones. Seguramente, de haber dispuesto de tiempo, hubiera asesinado también a todos los demás, pero el error cometido con los Sprague le hizo perder el control de sí mismo.

»Habló con. Bralton y éste prometió enviarle una furgoneta para recoger los cuerpos de los Sprague y ocultarlos. Lo que Bralton no le dijo era que sus tres pistoleros “importados”, por consejo del propio Simmons, iban en la furgoneta.

»Todos creyeron que podrían manejar a Bralton. En realidad, ninguno se dio cuenta de que estaban montados en un tigre, basta que fue demasiado tarde —concluyó Víctor.

—Sin embargo, hay tres personas que han salido relativamente bien libradas —dijo Kay.

—Sí —convino Víctor—. Los Davies y Abbie se marchan de la ciudad, porque la señorita Crandall, generosamente, ha retirado la acusación de secuestro. Ellos, como Palmer, no creyeron que esto iba a degenerar en una serie de asesinatos. Sólo Frank Simmons lo sabía desde un principio, y Bralton, naturalmente; pero lo que ninguno sabíamos, aunque era lógico presumirlo, era que la policía no se iba a estar quieta. Así apareció en el momento más crítico, en la cabaña de Wind Hill.

Kay aprobó con la cabeza. Luego preguntó:

—¿Qué hará con Palmer, señorita Amelia?

La anciana frunció el ceño.

—No merece ser médico —respondió—. Pero un trato es un trato y debo hacer honor a la palabra que le dio este joven. De todas formas, haré que se traslade a otro sitio con todos sus bártulos. No me gusta tener por vecinos a gente sin moral, y espero que esta lección le sirva para el futuro.

Víctor asintió.

—Gracias, señorita Crandall —dijo.

—Víctor —dijo Kay de pronto—, usted mencionó que guardaba dos ases en la manga. Uno era Palmer. ¿Cuál será el otro?

—La señorita Crandall. Era la única que no podía morir... o toda su fortuna habría ido a parar a la beneficencia.

Kay sonrió.

—Es cierto —dijo.

—A propósito —terció Amelia—. Kay me ha contado muchas cosas tuyas, muchacho. Yo misma he podido ver que eres un hombre resuelto y emprendedor. Pocos habrían sido capaces de actuar como tú lo has hecho.

—Usted me halaga excesivamente, señorita —sonrió Víctor.

—Es una manera de pensar —contestó ella, sencillamente—. Escucha, Callaghan es ya un carcamal. ¡Cuando yo lo digo...! Bien, ya puedes ir pensando en hacerte cargo de mis asuntos a partir de ahora. ¿Te gusta la idea?

Víctor movió la cabeza.

—Ahora voy a pensar en otra cosa mucho más urgente, señorita Crandall —respondió.

—¿Cuál? —preguntó Amelia, sorprendida.

Víctor rodeó con su brazo el talle de la muchacha.

—En una luna de miel con esta joven tan encantadora que tengo al lado —declaró—. Es decir, si ella no se opone.

Amelia volvió los ojos hacia Kay y sonrió maliciosamente.

—Creo que no se opone —dijo, al observar el rubor que se había apoderado de las mejillas de la muchacha.



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.